7778

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

DE

DON JOAQUIN ESTÉBANEZ. (pseud.)

Manuel Tamayo y Baus

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1868.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA,

COMEDIA

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA DE MADRID,
Á 23 DE DICIEMBRE DE 1868.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA,

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

DON JOAQUIN ESTÉBANEZ. (Pseud.)

Manuel Tamayo y Baus

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

AL SEÑOR DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE,

que, segun parece, vive hoy, y de quien pudiera creerse, por la profunda erudicion y gallardo estilo de sus obras, que habia vivido en el siglo XVI,

Joaquin Estébanez.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/nohaymalqueporbi16422tama

ADVERTENCIA.

Por el nudo principal de la accion, por las situaciones que de él resultan, por el desarrollo de los caractéres, por la pintura de los afectos, por el diálogo, puede estimarse original esta comedia, á juicio de su autor; si bien para componerla ha tenido presente una pieza en un acto del teatro francés, titulada *Le feu au couvent*, cuyo argumento es como sigue:

Destruido por un incendio el convento en que estaba Adriana, hija de Pablo d'Avenay, llega ésta inopinadamente á casa de su padre, que vive entregado á la disipacion, y aquel mismo dia ha de batirse con un brasileño, querido de cierta mujer á quien él y un ruso galanteaban. Aconséjale Adriana que se case con una señorita, huérfana de un general, que era maestra en el convento y la habia prodigado las atenciones más cariñosas. D'Avenay teme que su hija se entere de sus desórdenes, y deplora tener que arriesgar su vida en un desafio. Se va, sin embargo, dejándola con su amigo de Mériel, jóven tambien muy disipado, á quien conmueven la belleza y el candor de Adriana; y cuando ésta adivina que su padre ha ido á batirse, vuelve d'Avenay diciendo que en el lugar de la cita no ha encontrado á nadie. Otro amigo suyo habia provocado á su adversario y reñido con él para que d'Avenay no ganase la apuesta de que se batiria seis veces durante un año. Este amigo, herido ligeramente en el duelo, refiere que la querida del brasileño ha huido con el ruso. D'Avenay ofrece á su hija que se casará con la maestra del convento si ella se casa con de Mériel, y Adriana accede sin dificultad á que se cumplan los deseos de su padre.

611372

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	Doña Teodora Lamadrid.
ENRIQUE	Don Victorino Tamayo y Baus.
JULIAN	Don Emilio Mario.
UN ANCIANO	Don José Izquierdo.
UNA JÓVEN	Doña Dolores Franco.
UN CRIADO	Don José Martin.
UN LACAYO	Don Luis Ponzano.
UNA COCINERA	Doña Emilia Vallarin.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo,* son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Cuarto de Enrique, amueblado lujosamente. En primer término, á la derecha, un buró de palo santo con libros y papeles, y un velador pequeño con un servicio de chocolate. En la pared del foro, panoplias con armas blancas y de fuego. Puerta á la izquierda, y otra grande en el foro.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, y en seguida JULIAN.

Enrique, con traje de calle, está sentado cerca del velador.

ENRIQUE. Tres veces le ha llamado Miguel y dos yo, y nada; no viene. Estará devorando algun librote de filosofía. ¡Julian! (Gritando, con la cabeza vuelta hácia la puerta de la izquierda.) ¡Chico más raro! (Se levanta, y mira por la puerta ántes indicada.) Vamos, ya sale de su nido. Pero ¡qué posma! Ahora viene leyendo. Se queda parado en medio del pasillo... ¡Julian! (Poniéndose las manos delante de la boca en forma de bocina, y gritando de nuevo.)

JULIAN. Que ya voy. (Dentro, con aspereza.)

ENRIQUE. Eh, venga cuando quiera. (Se sienta cerca del velador y empieza á tomar el chocolate. Julian, de bata, sale pausadamente por la puerta de la izquierda, con la vista fija en un libro que trae en la mano.) Acércate, sombra de Nino.

JULIAN. Dos horas llevo de romperme los cascos, procurando

desentrañar el sentido de una frase de Kant, y cuando ya iba á exclamar *eureka*, Miguel, con sus golpecitos á la puerta de mi despacho, y tú, con tus voces desaforadas, habeis roto el hilo de mis cavilaciones. (Sigue leyendo con la vista.)

ENRIQUE. Y ¿á qué viene tanto estudiar?

JULIAN. Sólo estudiando mucho se puede llegar á saber algo.

ENRIQUE. Bastante sabes ya.

JULIAN. Sólo cree saber bastante el que no sabe nada.

ENRIQUE. Sentencioso estás como un oráculo. ¿Vienes?

ULIAN. Sí. (Enrique sigue tomando el chocolate, y Julian, inmóvil, leyendo. Breve pausa.)

ENRIQUE. ¡Julian!

JULIAN. ¿Qué? (Respondiendo, sin quitar los ojos del libro.)

ENRIQUE. Que se enfria.

JULIAN. Ya. (Otra breve pausa.)

ENRIQUE. ¡Habrá zamacuco! (Contemplándole con enfado cómico.) ¡Pero hombre!...

JULIAN. Voy. (Siéntase cerca del velador; y, leyendo, moja en el chocolate un bizcocho, con el cual se queda en la mano.)

ENRIQUE. ¡Se volvió á embelesar! ¿Hay paciencia que aguante?... (Le quita el bizcocho que tiene en la mano, y se lo come.)

JULIAN. ¿Eh! (Sin darse cuenta de lo que ha sucedido.)

ENRIQUE. Nada: que sigas atracándote de filosofía. (Julian toma la jícara, y bebe distraido.)

JULIAN. ¡Ah! (Sin dejar de leer, y como si se hubiese quemado.)

ENRIQUE. ¿Qué?

JULIAN. Que abrasa.

ENRIQUE. Pues sopla.

JULIAN. Agua. (Alargando, sin mirar, la mano para buscar agua, deja caer uno de los vasos, y supónese que el agua se vierte.)

ENRIQUE. ¡Oh! (Levántase repentinamente, y sacúdese la ropa como si estuviera mojada.)

JULIAN. ¡Ah! (Dando un grito de satisfaccion.) ¡Ya lo voy entendiendo!

ENRIQUE. ¡Despierta, condenado! (Da un manoton al libro, que cae al suelo.)

JULIAN. ¿Te has vuelto loco? (Levantándose.)

ENRIQUE. Quien se ha vuelto loco, eres tú. Más hace ya de un año que vivimos juntos, y en vez de haber conseguido, como esperaba, poner algun remedio á tu mal, veole crecer cada dia, haciéndose incurable. (Julian se habrá ido inclinando indeliberadamente hácia el suelo para recoger el libro: Enrique, nota al fin su intencion, y apoderándose del libro, lo guarda en el buró.) No, lo que es ahora...

JULIAN. ¿Qué me quieres, en fin?

ENRIQUE. Quiero que bajes de las nubes, que me oigas, que me hables.

JULIAN. Dí.

ENRIQUE. Digo, pues, que seas enhorabuena más sabio que los siete de Grecia. ¿No admiro yo con entusiasmo tu talento? ¿No tuve yo siempre vanidad en llamarte amigo? Pero bien puede un hombre, á mi juicio, ser sabio, sin necesidad de ser al mismo tiempo ridículo y extravagante. Andas por esas calles de Dios hecho un ave zonza, despeinado, sucio...

JULIAN. Déjame en paz.

ENRIQUE. Te vas poniendo ramplon, y feo, y viejo.

JULIAN. ¡Ba!

ENRIQUE. ¿Es la sabiduría materia corrosiva que echa á perder el vaso que la contiene? ¡Qué lástima! Un mozo como tú, guapo...

JULIAN. Gracias. (Desdeñosamente.)

ENRIQUE. Entendido.

JULIAN. Algo. (Con satisfaccion.)

ENRIQUE. Rico por añadidura, que con sólo alargar la mano podria coger las más preciadas flores del jardin de la vida...

JULIAN. Predicas en desierto. Ofrecerse á la pública admiracion como figurin que los tontos consulten embelesados; andar siempre de la ceca á la meca, apurando los vanos y enojosos placeres del casino, de la tertulia y el café; entregar á una carta de la baraja el oro del bolsillo y la paz del ánimo; dar ó recibir de cuando en cuando

una estocada en desafío, vivir, sobre todo, constantemente ebrio de amor, á cada paso tropezando y cayendo; esta es para tí la felicidad. Buen provecho te haga. Yo la entiendo de otra manera. En tanto que el mundo sea lo que ahora es, yo nada quiero con un mundo poblado de hombres fatuos y necios que me exasperan, y de mujeres hipócritas que me fastidian.

ENRIQUE. Calla, sacrílego. Dí cuanto quieras de los hombres, y cargue con todos ellos el diablo: para nada los necesito; y ántes bien no me pesaria de ser yo solo la mitad del género humano, y de tener á mi disposicien la otra mitad; pero cuenta con lo que dices de las mujeres. ¡Hijas de mi alma! Ni creas tú, insensato, que nunca has de pagar al amor el tributo debido.

JULIAN. ¿Al amor que ruega y porfía y espera y gime y?...

ENRIQUE. Y esta contribucion, como todas, pagándose tarde, se paga con multas y recargos.

JULIAN. No me conoces.

ENRIQUE. Serás amante con buen fin, muy dulzarron y empalagoso.

JULIAN. ¡Qué gana de broma tienes hoy!

ENRIQUE. Y en cuanto una logre darte flechazo...

JULIAN. ¿Qué?

ENRIQUE. Que con ella te casas.

JULIAN. ¡Casarme yo! (Con indignacion.) Á esos peligros estais expuestos vosotros los que, sin principios fijos ni creencia segura, andais en medio de tinieblas; no quien guiado de una idea resplandeciente, sabe por donde camina y á donde se dirige.

ENRIQUE. Sí; ya te darán á tí la idea. Cuando se tiene alma...

JULIAN. Enrique, el alma no es ni más ni ménos que una invencion absurda, de la cual provienen todos nuestros males. (Con tono magistral.) Mi sistema filosófico estriba en la unidad de la naturaleza humana, y proclama esta gran verdad: el hombre es simple.

ENRIQUE. No, pues mira, eso ya lo habia yo notado sin ser filósofo.

JULIAN. Búrlate de lo que no entiendes. Con la burla se escudó siempre la ignorancia. Pero como decia: luego que hayamos quitado el alma de en medio...

ENRIQUE. ¿Y, por supuesto, á Dios con ella?

JULIAN. Y á Dios con ella, por supuesto, desaparecerán los sentimientos, ideas y deberes ficticios que hoy oprimen y mortifican al ser racional; y éste, con sosiego y dulzura, se dejará llevar de sus instintos y naturales inclinaciones, en cuya satisfaccion estará cifrado el único objeto de la vida. Entónces no será el amor díficil y triste, sino fácil y alegre; entónces no existirá el pesado y horrendo yugo del matrimonio. En fin, ya conoces mi último libro: en *La mujer á la luz de la filosofía*! me parece haber demostrado hasta la evidencia... Y ¡qué efecto ha causado! Por una parte ¡qué alabanzas, y por otra ¡qué maldiciones! Todavía hay en España mucho atraso. Ya la iremos haciendo entrar en vereda.

ENRIQUE. El libro es algo atrevidillo, pero admirable. Y á fe que para la empresa de reformar el mundo nos completamos el uno al otro. Tú eres la teoría, yo la práctica; yo que, sin meterme en honduras, como tranquilamente del fruto prohibido, y hallo que me sabe muy bien. Pecaria, sin embargo, de hipócrita, si no te confesára que fuí dichoso al lado de mi mujer, y que si ella hubiera vivido... ¡Tenía un corazon tan hermoso! ¡Un rostro tan angelical!... Mi hija es su vivo retrato. Cuando la veas...

JULIAN. ¿Te decides al fin á sacarla del colegio?

ENRIQUE. ¡Ay! ¿Cómo no? Lleva seis años de clausura. La última vez que estuve allá, se empeñó en que habia de traérmela conmigo á Madrid; y despues, en todas sus cartas me amenaza con que huirá del colegio, y se vendrá sola á mi lado. Capaz es de hacerlo como lo dice.

JULIAN. Pero, en resúmen, ¿cuántos años tiene esa chica?

ENRIQUE. ¿No lo sabes?

JULIAN. Nunca me lo has dicho claramente.

ENRIQUE. ¡Ay, Julian, tiene diez y ocho años?

JULIAN. ¡Habráse visto el vejestorio! ¡Y parece un muchacho!

ENRIQUE. Me casé muy jóven: poco despues de haber nacido. Fuera de que nadie tiene más edad que la que representa. Cualquiera me creerá tu hermanito menor,

JULIAN. ¡Á los diez y ocho años metida en un colegio esa desgraciada! ¿Y aún no te ha sacado los ojos?

ENRIQUE. ¡Á su padre!

JULIAN. ¡Á su inícuo tirano!

ENRIQUE. Afortunadamente, la muchacha no ha estudiado filosofía. ¿Hubiera estado mejor con un hombre solo, y tan poco á propósito como yo para desempeñar el papel de guardian de una jóven bonita? Vendrá al cabo, y pasaré las penas del purgatorio. Compadéceme. Aunque no fuera más que por esta razon, tendria que deplorar mi viudez.

JULIAN. Pues el remedio no es dificil: en tu mano está. Reincide; cásate de nuevo.

ENRIQUE. Primero ciegues que tal veas. Eso es bueno para una vez. ¡Sólo de recordar que el año pasado!... ¡Pobre Matilde! Y á propósito: voy á volver á verla.

JULIAN. Amorío tenemos. ¿Y por eso te has engalanado tan de mañana?

ENRIQUE. Creo que nada te he dicho aún de Matilde.

JULIAN. Todos los dias me hablas de alguna de tus víctimas. Á esa no le habrá llegado todavía su turno.

ENRIQUE. Háblase ménos de un afecto á medida que está más arraigado en el corazon. Al poco tiempo de haberla yo conocido, su padre, falto á la sazon de todo recurso, logró un destinillo en Filipinas, y tuvo que irse allá, dejándola sin otro amparo que el de una criada tan sorda como ciega, y no ménos vieja que ciega y sorda, y más estúpida que vieja. Resistió, sin embargo, denodamente la infeliz, hasta que empleé contra ella la extratagema principal en este gérero de lides: la palabra de casamiento. Fuí padre, y como de véras la amaba, llegué á verme á dos pasos del precipicio. Al fin un dia,

—dia que nunca olvividaré,—me resolví á desengañarla. ¡Qué afliccion la suya! ¡Creí que se me caia muerta á los piés! Cuando volví en su busca, no pudiendo resistir al deseo de verla y de ver á mi hijo, habia desaparecido con él; y en vano durante muchos meses, he agotado despues cuantos medios me ha sugerido la imaginacion para dar con ella. Figúrate cuál sería mi asombro recibiendo anoche al entrar en casa, una cartita del correo interior en que me dice que su padre ha vuelto á Madrid, que la amenaza una desventura muy grande, y que hoy de ocho á nueve de la mañana vendria á verme. Su padre es un viejo muy quisquilloso que la echa de hombre de honor, y se conoce que ya entre los dos ha ocurrido algo serio. No importa. Yo la defenderé. Nuestro amor vencerá todos los obstáculos.

JULIAN. Pero ¿dices que va á venir aquí: á esta casa?

ENRIQUE. Sí. Ya lo sabe Miguel. Él le abrirá la puerta, y sin hablarle una palabra, la encaminará hácia este cuarto.

JULIAN. ¡Venir aquí! ¡Me gusta!

ENRIQUE. Pues ¿qué tiene de particular?...

JULIAN. ¿Y yo?

ENRIQUE. Cómo ¿y tú?

JULIAN. ¿Te parece regular que en mis barbas?...

ENRIQUE. Si no las tienes.

JULIAN. Me obligas á representar un papel...

ENRIQUE. ¡Ba! Para un filósofo... (Se oye un campanillazo.) ¿Oyes? De fijo será ella.

JULIAN. ¡Dígote que la broma!...

ENRIQUE. Mira, mira cómo me late el corazon. (Cogiéndole una mano, y poniéndosela sobre su pecho.)

JULIAN. Quita. (Rechazándole.) ¿Qué me hago yo ahora?

ENRIQUE. ¿Por qué no pides el coche, y te vas á dar un paseo?

JULIAN. No me siento con gana de pasear. (Manifestando mal humor.)

ENRIQUE. ¡Ah! Pues toma tu librito. (Sacando el libro del buró, y dándoselo.) Y anda, anda á ver si acabas de desentrañar el

sentido de esa frase de Kant.

JULIAN. ¡Estos calaveras!... (Tomando el libro con mal modo.)

ENRIQUE. ¡Estos filósofos!...

JULIAN. ¡Vete noramala! (Váse muy amostazado por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

ENRIQUE y luego LUISA.

ENRIQUE. ¡Qué conmovido estoy! Mi corazon no ha pasado de los veinte años! ¡Ay, hijas de Eva,—no puedo remediarlo,—me muero, me muero por vosotras! Ya se acerca. (Luisa se presenta en el foro, cubierto el rostro con un velo.)

LUISA. (¡Qué miedo tengo!) (Entrando muy despacio.)

ENRIQUE. ¡Será cierto que al fin?... (Con mucho fuego, acercándose á ella.)

LUISA. (¿Qué dice?) (Con extrañeza, retrocediendo.)

ENRIQUE. No tengas cuidado: estamos solos. (Entorna la puerta de foro.)

LUISA. (Cierra la puerta. ¡Ay, para qué la cerrará? Traia tantos ánimos, y en cuanto le he visto...

ENRIQUE. Descúbrete. (Corriendo hácia ella.) Habla.

LUISA. Ya voy. Sólo que... (Con mucha timidez.)

ENRIQUE. ¿Eh? ¡Cómo!... ¡Esa voz!... (Con asombro.) ¿Quién eres? ¿Quién es usted?

LUISA. Yo... Soy yo, papá. (Quitándose el velo de la cara, y quedándose en actitud humilde, con los ojos inclinados al suelo.)

ENRIQUE. ¡Oh! (Retrocediendo espantado.) ¡Tú?... ¡Mi hija! (Quédase atónito, sin atreverse á mirar á Luisa.)

LUISA. ¡Ay, papá mio, no te enfades, no te enfades por Dios! (Corriendo hácia él, y abrazándole.)

ENRIQUE. ¡Mi hija!

LUISA. Pero ¿qué es eso? ¿Qué tienes? Te has puesto más encendido que la grana.

ENRIQUE. (¡Válgame el cielo!)

LUISA. Yo tengo la culpa, ¿verdad? Te has asustado al verme

así... de sopeton. Ven. (Conduciéndole hácia una butaca, y haciendo que se siente en ella.) Siéntate. ¿Llamo? ¿Quieres un poco de agua con unas gotitas de vinagre?

ENRIQUE. No: ya pasó. Pero ¿qué es esto? ¿Cómo estás aquí?

LUISA. Estoy aquí... Toma... Porque he venido.

ENRIQUE. Y ¿por qué has venido, vamos á ver?

LUISA. Ya te habia dicho que me sacases del colegio, y que si no me sacabas... (Con audacia infantil.)

ENRIQUE. ¡Te has escapado! (Levantándose.) ¡Qué atrevimiento. ¡Qué!...

LUISA. Si te enfadas de esa manera... (Con turbacion y miedo.)

ENRIQUE. ¡Pues no he de enfadarme! ¡Y no sé cómo no!... (Con ademan amenazador.)

LUISA. ¡Bueno!... (Lloriqueando.) Ríñeme... ¡Pobre de mí!

ENRIQUE. (Llora.) (Con ternura.) ¡Y no vale llorar, estamos! (Aparentando cólera.)

LUISA. Corriente... No lloraré, si tambien por eso te enojas. (Como haciendo esfuerzos para no llorar.)

ENRIQUE. Pero diga usted, señorita. (Asiéndola de una mano, y trayéndola cerca de sí.) ¿Ha venido usted sola?

LUISA. No: he venido con Antoñita y una criada suya de mucha confianza que la llevó ayer al colegio, y que aún no se habia vuelto á Madrid.

ENRIQUE. ¿Quién es esa Antoñita?

LUISA. Pues ¿no te acuerdas? Aquella niña con quien hacia yo tan buenas migas en el colegio.

ENRIQUE. ¿Se ha escapado tambien?

LUISA. Tambien.

ENRIQUE. Y ¿dónde está esa otra? (Manifestando inquietud.)

LUISA. Hemos tomado un coche en la estacion del camino de hierro. Yo me he quedado aquí, y ella, con la criada, se ha ido á casa de su abuelita.

ENRIQUE. Dentro de una hora vuelve á salir el tren. (Mirando el reloj.) Dentro de una hora nos vamos.

LUISA. ¡Que nos vamos? (Separándose de su padre muy asustada.)

ENRIQUE. Sí, señora; al colegio.

LUISA. ¿Al colegio? ¡Eso sí que no! (Con energía.)

ENRIQUE. ¿Cómo que no?

LUISA. Como que yo no quiero volver al colegio. (Agarrándose al respaldo de una butaca, y llorando.) Yo quiero quedarme aquí contigo.

ENRIQUE. Bien... calla... si eres buena...

LUISA. Sí, muy buena... Verás qué buena soy. (Serenándose de pronto, y acercándose rápidamente á su padre.) Y no creas, para escaparnos hemos tenido sobrada razon. ¡Si supieras!...

ENRIQUE. ¿Qué?

LUISA. La abuela de Antoñita, que la quiere mil veces más que tú á mí, la traia de cuando en cuando á Madrid, á pasar con ella unos dias. Nunca pude yo conseguir que hicieses tú conmigo otro tanto. Pues bien; Antoñita volvió ayer al colegio de una de tales excursiones, y me dijo que llevaba un libro muy bueno para que lo leyésemos á escondidas. Habia oido hablar mucho de él, y encontrándolo en casa de un tio suyo, lo tomó bonitamente, y se lo guardó debajo del abrigo, sin que nadie lo viera. ¡Figúrate qué contenta me pondria yo!

ENRIQUE Sí; ya me figuro...

LUISA. Nos metimos en nuestro cuarto en cuanto se acabaron las clases, y empezamos á leer. ¡Qué libro tan bonito! Eso sí, parece que está escrito en latin, porque á penas se entiende; pero ¡qué bonito debe de ser! Y por lo que ya sabia Antoñita, y por algunas expresiones sueltas que estaban muy claras, pudimos ir sacando en limpio que el autor se proponia ¡redimirnos de la esclavitud! (Con afectada gravedad.)

ENRIQUE. ¿Redimiros de la esclavitud? ¿Á quién? ¿Á las muchachas del colegio?

LUISA. No, señor; ¡á todas las mujeres del globo terráqueo! (Como ántes.)

ENRIQUE. Pero ¿qué libro es ese? (Con impaciencia.)

LUISA. *¡La mujer á la luz de la filosofía!* (Con énfasis.)

ENRIQUE. ¡Ave María purísima! ¡El libro de ese condenado!

LUISA. Estábamos en lo mejor, cuando de pronto se adelanta

por en medio de nuestras cabezas una mano... ¡Ay, nos pareció la mano de la muerte! Era sor Ignacia, aquella viejecita que tanto nos queria á todas... Á todas no, porque Antoñita no era santa de su devocion, y algunas veces la amenazó con echarla del colegio. Tomó el libro, leyó el título nada más, y ¡válgame Dios, qué rabieta le entró á la buena señora!

ENRIQUE. ¡Ya lo creo!

LUISA. Nunca nos habia puesto encima la mano; pero ayer, á la otra le dió cinco ó seis pescozones muy deprisita; y á mí me tiró un pellizco tan retorcido, tan retorcido, que creí que me sacaba el pedazo. Todavía tengo la señal. Si quieres verla... (Haciendo ademan de ir á levantarse la manga del brazo izquierdo.)

ENRIQUE. No: no hay necesidad... (Conteniéndola.)

LUISA. ¡Es que fué todo un señor pellizco! Y no se contentó con eso. Nos tuvo dos horas de rodillas en cruz... ¿Te han tenido á tí alguna vez dos horas de rodillas en cruz?

ENRIQUE. Sí. (Como contestándole para salir del paso.)

LUISA. ¡Es cosa divertida! Y nos condenó á estar tres dias á pan y agua, encerradas en un cuarto oscuro lleno de ratones. ¡Yo que en viendo uno solo me muero! ¿Hay ratones en esta casa, papá?

ENRIQUE. ¿Qué sé yo?

LUISA. Pero ¿tendrás gato, eh?

ENRIQUE. Dos.

LUISA. ¿Y son bonitos!

ENRIQUE. Muy preciosos.

LUISA. ¿Blancos ó negros?

ENRIQUE. Colorados.

LUISA. Pues á fuerza de lamentos y súplicas, logramos que se dejase para hoy el encierro; y hoy, en cuanto nos levantamos, recordando Antoñita que aquel libro decia: «¡Mujeres, tambien teneis derechos vosotras! ¡Tambien es para vosotras el mundo!;» y con el fin de evitar la reclusion y la abstinencia, determinó tomar las de Vi-

lladiego con su criada; porque has de saber que en casa de Antoñita nadie hace más que lo que ella quiere. Animada con el ejemplo, resolví yo escaparme tambien; y aprovechando el primer descuido, echamos á correr, nos metimos en el coche de señoras del tren que iba á salir, y...

ENRIQUE. ¡Y aquí estamos todos!

LUISA. Eso es.

ENRIQUE. En fin, yo tenia ya decidido sacarte del colegio.

LUISA. Pues te he ahorrado el trabajo de irme á buscar.

ENRIQUE. ¿No traes ropa?

LUISA. ¡Qué he de traer? La puesta.

ENRIQUE. Habrá que hacerte algo en seguida.

LUISA. ¡Eso! (Con alegría.) ¡Me has de poner muy elegante! ¡Antoñita dice que en Madrid hay un lujo! Lo primero que me has de comprar, es un traje corto, muy corto.

ENRIQUE. Bien.

LUISA. Y un *polisson* muy abultado, muy abultado.

ENRIQUE. Bien.

LUISA. Y unas botas con tacon de á palmo: ¡lo ménos! ¡Antoñita volvió ayer al colegio con unas!... Parecia que iba en zancos. Mira. Así. (Remedando el modo de andar con botas de tacon muy alto.)

ENRIQUE. (¡Dígole á usted que la Antoñita!...) Ahora voy á mandar que te arreglen una habitacion. Se te pondrá una cama... (Dirigiéndose al foro.)

LUISA. Dorada.

ENRIQUE. Un tocador...

LUISA. De palo santo.

ENRIQUE. Una sillería...

LUISA. De terciopelo.

ENRIQUE. Sí: lo que tú quieras. (Hace otra vez ademan de echar á andar.)

LUISA. Ah, oye. (Deteniéndole.) Me has de llevar á los teatros.

ENRIQUE. Te llevaré.

LUISA. Á los Bufos. Antoñita ha visto allí bailar el cancan. Y dice que es un baile tan... ¡tan divertido! Y que se re-

cogen la falda... (Recogiéndose la suya, y poniéndose en actitud de ir á bailar el cancan.) Y que levantan así el pié...

ENRIQUE. ¡Eh, quieta! (¡La Antoñita y su alma!) (Va otra vez á dirigirse al foro, y Luisa le detiene.)

LUISA. Y tambien me llevarás á los sermones, y á las novenas, y á todas las funciones de iglesia que haya en Madrid.

ENRIQUE. (¡Esta es más negra!) ¿Qué, tambien la Antoñita?...

LUISA. No; Antoñita no es aficionada á las cosas de iglesia, pero yo sí, porque decia sor Ignacia...

ENRIQUE. Ya me lo contarás. (Con enfado.) (¡Pues señor, entre la Ignacia y la Antoñita!..) (Quiere retirarse de nuevo, y Luisa le detiene tambien.)

LUISA. Y otra cosa que te quiero decir.

ENRIQUE. Á ver, ¿qué? (Impacientándose.)

LUISA. Que Antoñita ya tiene novio.

ENRIQUE. Vaya, me alegro mucho.

LUISA. Sí, pero es que yo no le tengo todavía.

ENRIQUE. (¡Qué va á ser de mí, Dios eterno, con esta chica al lado?)

LUISA. Capitan de artillería nada ménos.

ENRIQUE. ¿Qué capitan es ese?

LUISA. El novio de la otra.

ENRIQUE. Ah, ya... (Sudando estoy.) (Va hácia el foro limpiándose la frente con un pañuelo. Luisa se acerca al buró, y examina los libros que hay sobre él.)

LUISA. ¿Qué tendrá aquí papá? ¡*La dama de las Camelias*! ¡Qué gusto! (Saltando de alegría.)

ENRIQUE. ¡Santa Bárbara! ¡*La dama de las Camelias*! (Acércase á su hija, le quita el libro de la mano, y la separa del buró.) Deja eso.

LUISA. ¿Por qué? Pues yo quiero leerla. Antoñita me ha contado el argumento, y...

ENRIQUE. ¿Antoñita, eh? Mira, como vuelvas á nombrarla delante de mí, te llevo al colegio.

LUISA. ¡Si es mi amiga!

ENRIQUE. Á mí no me acomoda que tengas amigas, ¿lo oyes? (Haré un expurgo general en toda la casa.) Siéntate. (Ha-

ciéndola que se siente.) ¡Y cuidado con enredar!

LUISA. ¡Qué genio!

ENRIQUE. (Más vale que no se quede sola.) ¡Julian! (Asomándose á la puerta de la izquierda, y llamándole.)

LUISA. ¿Quién es Julian? ¿Es un criado?

ENRIQUE. No: un amigo mio. (Acercándose á ella.)

LUISA. Y si tú tienes amigos, ¿por qué no he de tener amigas yo? Esta tarde iremos á su casa, ¿verdad?

ENRIQUE. ¿Á casa de quién? ¿De Antoñita? No te caerás en el camino.

LUISA. Si le he ofrecido que nos veriamos esta tarde.

ENRIQUE. ¡Cuando tú la vuelvas á ver!...

ESCENA III.

DICHOS y JULIAN.

JULIAN. (¡Aún está aquí doña Matilde!) (Deteniéndose en la puerta de la izquierda al reparar en Luisa.)

LUISA. Anda... sí... ¡Te querré yo tanto! (Con zalamería, haciéndole fiestas en la cara.)

JULIAN. ¡Sopla!

LUISA. Y te daré tantos besitos...

JULIAN. ¡Canario! ¡Enrique! (Llamándole con ira.)

ENRIQUE. Ah, ven. (Yendo hácia él.)

JULIAN. ¿Á qué me llamas? (En tono de áspera reconvencion.)

ENRIQUE. Te llamo para...

LUISA. ¿Este es Julian? (Con viveza, acercándose á ellos.)

ENRIQUE Sí. (Con sequedad, asiéndola por los brazos, y apartándola.)

JULIAN. (¡Y á fe que no es descocada la niña!)

ENRIQUE. ¿No te lo dije? (Volviendo al lado de Julian.) Ahí la tienes.

JULIAN Sí; con efecto... (Y ¡qué jóven! ¡Qué linda!)

ENRIQUE. Hazme el favor de quedarte con ella, y de no dejarla revolver libros ni papeles.

JULIAN. ¡Tan enredadora es!

ENRIQUE. Mucho. Yo voy á decir que le dispongan una habitacion, y...

JULIAN. Á ver, explícate. (Con extrañeza y disgusto.) ¿Piensas quedarte con ella en casa?

ENRIQUE. ¿Quién es capaz de hacerla salir de aquí?

JULIAN. ¿Quién? Yo. ¡Pues no faltaba más!

ENRIQUE. Hombre, ántes decias... Justo es ya que se quede.

JULIAN. Enhorabuena, pero sábelo: yo me traeré otra mañana.

ENRIQUE. ¿Otra? ¡Oh! (Dándose cuenta del error de Julian.) ¿Supones?...

JULIAN. ¿Qué te da?

ENRIQUE. Luisa, hija mia... (En voz alta, dirigiéndose á Luisa.)

JULIAN. ¡Su hija!

ENRIQUE. Tengo el gusto de presentarte á mi íntimo amigo don Julian Benavides.

JULIAN. Y tú ¿por qué no me has advertido?... (Bajo, á Enrique.) Señorita... (Saludándola.)

ENRIQUE. Y tú ¿por qué eres tan negado? (Bajo, á Julian.)

LUISA. Julian Benavides... Yo he oido este nombre ántes de ahora... Ah, sí. (Como recordando.) Julian Benavides se llama tambien el autor de «*La mujer á la luz de la filosofía.*»

JULIAN. ¿Cómo, señorita; usted conoce mi obra?

LUISA. ¡Su obra! ¿Es usted el autor de esa obra magnífica?

JULIAN. ¿Le ha gustado á usted?

LUISA. ¡Á rabiar!

ENRIQUE. ¿Serias capaz de envanecerte con la opinion de una chicuela? (Bajo, á Julian.)

JULIAN. ¡Yo escribo para la humanidad! (Con énfasis.)

ENRIQUE. (¡Pedante!)

JULIAN. ¿Conque mi libro se leia en su colegio de usted? ¡Gracias á Dios que en los establecimientos de enseñanza!...

ENRIQUE. Que no es eso. No digas disparates. Ya te explicaré...

LUISA. ¡Usted el autor de *La mujer á la luz de la filosofía!* Como todos los profesores del colegio eran ó feos ó machuchos, creia yo que un sabio... ¡Mire usted salir ahora con que el autor de ese libro es un caballero tan guapo como usted!

ENRIQUE. ¡Chica!

LUISA. ¿Eh? (Sin entender por qué le riñe su padre.)

JULIAN. ¡Déjala que se exprese con libertad! (En tono muy grave.)

ENRIQUE. ¡El diablo que te lleve!

LUISA. Si usted quisiera dármele.

JULIAN. Con mucho gusto. ¿Qué mayor honra para mí?

ENRIQUE. Pero hombre!... (Tirándole del faldon de la bata.)

JULIAN. Suelta. (Á Enrique, con desabrimiento.) Ahora caigo... (Volviéndose hácia Luisa con rostro placentero.) Perdone usted que me haya presentado en este traje. (Enrique, dando señales de impaciencia, pasa al lado de su hija.)

LUISA. Lo mismo da. Á mí de todas maneras me parece usted bien.

ENRIQUE. Pero chica!... (Tirándole de la falda del vestido.)

LUISA. ¿Qué quieres? (Volviendo la cabeza hácia su padre.)

JULIAN. Mil gracias. No hay en el mundo espectáculo más admirable que el de la hermosura unida á la bondad.

ENRIQUE. (¡Cómo se relame el filósofo!)

LUISA. ¡Qué cosas tan bonitas me dice usted!

JULIAN. Nada que no sea muy merecido.

LUISA. Pero ¿usted vive aquí?

JULIAN. Vivo con su padre de usted.

LUISA. ¡Cuánto me alegro!

ENRIQUE. (¡Estoy sobre ascuas!)

LUISA. ¡Qué bien lo vamos á pasar los tres aquí juntitos!

ENRIQUE. Como Julian y yo éramos solos... Ahora, habiendo venido tú, él... (Poniéndose entre Luisa y Julian.)

JULIAN. Con efecto, ahora yo...

LUISA. ¿Ahora se va usted á marchar? Y ¿por qué? Si á mí no me dan miedo los hombres. (Acercándose á Julian.)

ENRIQUE. Sí, pero... (Poniéndose entre Luisa y Julian.)

LUISA. ¿Ó es que teme usted que yo le moleste? (Pasando al lado de Julian.)

JULIAN. Nada de eso... De ningun modo... Ántes bien, celebraria en el alma...

ENRIQUE. Sí; pero... (Poniéndose otra vez entre los dos.)

LUISA. Pues entónces, quédese usted. (Pasando otra vez al lado de Julian.)

ENRIQUE. Si no podrá... (Poniéndose otra vez entre ambos. Luisa hace un movimiento como para pasar otra vez al lado de Julian.) ¡Quieta! (Bajo á Luisa con mucha rapidez, sujetándola por la falda del vestido con una mano, de modo que no lo note Julian.)

LUISA. ¿Eh? (Se queda mirando con asombro á su padre.)

JULIAN Señorita, lo que es por mí.... (Yendo por detrás de Enrique á colocarse al lado de Luisa.)

LUISA. ¿Conque por usted?... (Volviendo con alegría la cara hácia Julian.)

ENRIQUE. (¡Maldito seas!)

LUISA. Dile que se quede, papá.

ENRIQUE. (Y á esta habrá que darle unos azotes.) (Óyese rumor confuso de voces, que va haciéndose cada vez mayor.)

JULIAN. ¿Qué es eso?

LUISA. ¿Oyes, papá?

ENRIQUE. Sí. Pero no caigo... (Prestando atencion al ruido que se oye.)

JULIAN. Parece que disputan.

LUISA. Y con mucho calor.

JULIAN. Gritos...

LUISA. Lamentos...

ENRIQUE. Esos lamentos... ¡Oh! ¿Tal vez?... (Manifestando sobresalto y agitacion.) ¡Yo que habia olvidado!... Anda, Julian: anda á ver lo que sucede.

JULIAN. Sí; que esto ya va picando en historia. (Váse por la puerta del foro, dejándola abierta. Óyese más distintamente el ruido de voces, y con el fin de que este rumor no sea, como suele acontecer en casos semejantes, vano y ridículo, se pone á continuacion el siguiente dialogo, que deberá durar hasta que Julian dice esta frase: «Ya le tienes ahí»; y del cual sólo llegarán hasta el público clara y distintamente algunas palabras. El lacayo hablará con acento gallego, y la cocinera como descarada y raida.

EL ANCIANO. ¡En vano lo niegas! !Aquí vive! ¡Le hallé por fin!

LA COCINERA. Que no alborote usted la casa.

EL ANCIANO. ¡Le mataré!

LA JOVEN. ¡Tenga usted lástima de mí! ¡Tenga usted lástima de mi hijo!

EL CRIADO. Vamos, caballero, tranquilícese usted.

EL ANCIANO. ¿Dónde está ese malvado? ¡Que salga! ¿Dónde está?

EL LACAYO. Es cabezudo como él solo.

LA JOVEN. ¡Padre, padre, por Dios!

EL ANCIANO. Suelte usted.

LA COCINERA. ¡Sobre que no quiero soltar! ¡Sobre que no me da la gana!

EL CRIADO. Nos obligará usted á echarle de aquí por fuerza.

LA JOVEN. Vámonos, padre. ¡Véngase usted conmigo!

EL ANCIANO. ¿Quieres librarle de mi furia? ¡Aparta!

LA COCINERA. ¿Qué va á que sale usted rodando la escalera?

EL ANCIANO. ¡Paso, canalla, paso!

EL CRIADO. Usted no considera...

EL LACAYO. ¡Cuidado con decir palabrotas!...

EL ANCIANO. ¡Soltad!

LA COCINERA. ¡Dale, machaca!

EL LACAYO. No apriete, que hace daño.

TODOS ¡Oh!

LA JOVÉN. ¡Padre!

LA COCINERA. ¡Que se escapa!

EL CRIADO. ¡Detenedle! ¡No le solteis!)

LUISA. ¡Me ha entrado un temblor!

ENRIQUE. No te asustes, hija mia; no será nada.

LUISA. Pues tú no dejas tampoco de estar muy asustado.

ENRIQUE. Como te veo así...

LUISA. No; algo sabes, y no quieres decírmelo.

ENRIQUE. Te aseguro... (Es la voz de Matilde; pero aunque Matilde haya venido, ese alboroto...)

LUISA. ¿Qué habrá pasado, Virgen santa!

ENRIQUE. Quizá una reyerta de los criados. (Julian sale apresuradamente, y cierra con cerrojo la puerta del foro.)

JULIAN. ¡Enrique!... ¡Enrique!

ENRIQUE. Habla.

LUISA. ¿Qué hay?

JULIAN. Escucha. (Con grande agitacion, á Enrique, llevándoselo aparte.) Esa mujer ha venido.

ENRIQUE. ¿Matilde?

JULIAN. Con un niño en los brazos.

ENRIQUE. ¡Mi hijo!

LUISA. Pero ¿no puedo yo saber?...

ENRIQUE. Quita. (Apartándola.)

JULIAN. Detrás de ella, su padre, que sin duda debe haberla seguido...

ENRIQUE. ¿Está ahí? (Con espanto.)

JULIAN. Con un estoque desnudo en la mano, jurando que te ha de matar,

LUISA. Se acercan. ¿No oyes?

JULIAN. Miguel, el lacayo y la cocinera procuran en vano contenerle. ¡Ya le tienes ahí! (Óyense fuertes golpes á la puerta del foro, y ésta es sacudida con violencia. El diálogo de los que hablan fuera percíbese clara y distintamente.)

LUISA.

Pero ¿quién es ese hombre que quiere entrar?

ENRIQUE.

(¡Le va á enterar de todo!)

LUISA.

¿Quién es esa mujer que llora?

ENRIQUE.

¡Llévatela!

LUISA.

¡Aquí hay un seductor! (Mirando con terror alternativamente á su padre y Julian.)

JULIAN.

Véngase usted conmigo. (Yendo hácia ella.)

LUISA.

¡Quiere matarle! (Corriendo hácia su padre.) Pero ¿quién es el seductor?

ENRIQUE.

¿Quién?... ¿Quién ha de ser? (Dándole á entender que es Enrique.)

LUISA.

¿Tu amigo? ¿Ese? (Mirándole con susto.)

EL ANCIANO.

¡Abra usted, villano, abra usted!

LA COCINERA.

Que no dé usted golpes.

LA JÓVEN.

¡Compasion!

EL ANCIANO.

Ni para él ni para tí.

EL CRIADO.

¡Quieto!

EL ANCIANO.

¡Abra usted, infame seductor!

EL LACAYO.

¡Este hombre es un demonio!

EL ANCIANO.

¡Le he de matar á usted!

LA JÓVEN.

¡Dios de misericordia!

EL LACAYO.

¡Suelte usted ese pincho!

LA COCINERA.

Agárrale tú por el otro lado.

LA JÓVEN.

¡Máteme usted á mí sola!

JULIAN.

¿Qué le has dicho? (Yendo hácia Enrique, sospechando lo que sucede.)

ENRIQUE.

No sé.

JULIAN.

¡Oiga usted, señorita! (Como tomando una determinacion.)

LUISA.

¡Él!... (Huyendo de Julian.)

ENRIQUE.

¡Que soy su padre! (Á Julian, en tono de súplica.)

JULIAN.

Ya, pero...

ENRIQUE.

¡Llévatela de aquí, por Dios!

JULIAN.

¡Venga usted!

LUISA.

¡Ay, papá, papá!... (Huyendo de Julian, y amparándose de su padre.)

JULIAN.

¡Ves lo que has hecho!

ENRIQUE.

Ven conmigo. (Asiéndola de una mano.)

LUISA.

¡Dejarle solo! ¡Y si el otro le mata! (Resistiéndose á seguir á su padre, y logrando desprenderse de él.)

ENRIQUE.

¡Llévatela por fuerza, llévatela, Julian!

JULIAN.

¡Venga usted! (Asiéndola de una

ANCIANO.

¿Creyó usted que no tenia quien la vengase?

COCINERA.

¡Ay, que esta señorita se muere!... ¡Vecinos!

LACAYO.

¡Señorita! ¡Señorita!...

ANCIANO.

La deshonra usted, la asesina, y es tan vil y cobarde...

EL LACAYO Y LA COCINERA.

¡Socorro, vecinos! ¡Socorro!

JÓVEN.

¡Mi hijo!

ANCIANO.

Se oculta usted en vano.

EL LACAYO Y LA COCINERA.

¡Vecinos!

EL CRIADO.

¡Callad vosotros!

E. LACAYO Y LA COCINERA.

¡Socorro! ¡Vecinos!

mano.) ¡No hay remedio! (Llevándosela con violencia hácia la izquierda.)

LUISA.

¡Papá! ¡Papá! (Resistiéndose á seguir á Julian. Vánse ambos por la puerta de la izquierda. Las voces de Luisa siguen oyéndose.)

ENRIQUE. ¡Perderé la razon! (Con la mayor rapidez, toma una pistola de una de las panoplias, la monta, y abre la puerta del foro. Detrás de ella aparecen un Anciano de aspecto venerable, con un estoque desnudo en la diestra; una Jóven, caida en el suelo de modo que el público no vea su rostro, ni el niño que se supone tiene en los brazos: un Criado y un Lacayo con librea, sujetando al Anciano: una Cocinera con mandil y pañuelo á la cabeza, incada de rodillas, para socorrer á la Jóven.)

EL ANCIANO, la JÓVEN, el CRIADO, el LACAYO y la COCINERA.

¡Oh! (El Anciano, haciendo ademan de ir á lanzarse sobre Enrique; el Criado y el Lacayo, sujetando al Anciano; la Cocinera, levantándose del suelo; la Jóven, incorporándose un poco.)

ENRIQUE. ¡Máteme usted, pero silencio: un solo grito, y usted es el que muere! (Apuntando al Anciano con la pistola.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada con lujo. Puerta á la derecha: otra grande en e foro, por la cual se ve un gabinete, amueblado tambien.

ESCENA PRIMERA.

LUISA y JULIAN.

Julian está sentado á la izquierda, con un libro en la mano. Luisa á la derecha, en el extremo opuesto del escenario. Pausa, durante la cual se oye llorar á Luisa.

JULIAN. ¿Aún llora usted?

LUISA. Me ha prometido usted no mirarme. (Con enfado.)

JULIAN. Bien; ya no miro. (Volviendo la cara á otro lado.) Usted me habia prometido á mí no llorar.

LUISA. ¡Quiero llorar!

JULIAN. Entónces yo tambien quiero mirarla á usted. (Cambiando de postura, y dirigiendo de nuevo hácia ella la vista.)

LUISA. ¡Papá! ¡Papá? (Llamando á su padre con enojo y despecho.)

JULIAN. No hay que enfadarse. ¡Juicio! Cumpliré mi promesa aunque usted no cumpla la suya. (Cambia de postura otra vez, y deja de mirar á Luisa. Breve pausa. Julian quiere leer, no puede, y mira á Luisa de reojo.) ¡Qué linda está llorando!

(Luisa vuelve hácia Julian la cabeza como para mirarle á hurtadillas: encuéntranse las miradas del uno con las del otro, y ambos cambian repentinamente de postura. Julian vuelve á fijar la vista en el libro, pero como ántes, se distrae en seguida, y deja de leer.) (Tiene aquel inexplicable no sé qué, principal encanto de las mujeres.) ¿Se va usted serenando?

LUISA. Que no me hable usted.

JULIAN. (¡Pues estamos lucidos! Y á mí ¿qué me importa? (Arrellánase en la butaca, y lee. Luisa se levanta, entra en el gabinete, y luego sale de él y se acerca á la puerta de la derecha.)

LUISA. (Continúa cerrada la puerta del gabinete... Esta la cerró él... ¡No hay escapatoria!) (Aplica el oido á la puerta de la derecha, y mira por el agujero de la cerradura.) (Nada se oye. Nada se ve. ¡Tanto tiempo sin saber qué sucede! ¡Media hora encerrada aquí!) (Acércase á Julian muy de prisa.) ¿Por qué no viene mi papá? (Julian sigue leyendo sin responder.) ¿Está usted sordo? (Julian continúa inmóvil.) ¿Por qué no viene mi papá? (En voz muy alta, quitándole el libro de la mano.)

JULIAN. Como me ha prohibido usted que le hable...

LUISA. ¿Por qué no viene?

JULIAN. ¿Qué sé yo? Estará ocupado

LUISA. ¿Con ese hombre que le queria matar á usted?

JULIAN. ¿Á mí? (Tentaciones me dan de cantar de plano.)

LUISA. Usted tiene la culpa de todo: usted, que es un grandísimo pícaro.

JULIAN. (¡Escuchar esto de su boca!)

LUISA. ¡Y yo que esperaba que nos llevásemos tan bien! (Con ternura.) ¡Sea todo por Dios! (Echándose otra vez á llorar, y enjugándose las lágrimas con el pañuelo.)

JULIAN. (¡No aguanto más, y salga el sol por Antequera!) Señorita... (Levantándose, y acercándose á Luisa.)

LUISA. ¿Qué? (Quitándose el pañuelo de los ojos.)

JULIAN. Está usted engañada.

LUISA. ¿Engañada? ¿En qué?

JULIAN. Ese hombre no me buscaba á mí.

LUISA. ¿Que no? Pues ¿á quién? ¿Seria usted capaz de echar á

otro la culpa? Aquí no vive nadie más que usted y mi padre. (Con sobresalto y amargura.)

JULIAN. (¡Si averigua que es él!... ¡Me da tanta lástima!)

LUISA. No calle usted ahora. ¿Á quién habia de buscar más que á usted?

JULIAN. No, si yo no digo...

LUISA. ¿Á quién habia de llamar seductor más que á usted?

JULIAN. Bien, sí; pero...

LUISA. ¿Sí? ¿Conque sí? Apártese usted. ¡Qué hombre! Quítese usted de mi vista. ¡Qué hombre tan malo!

JULIAN. (¡Por vida de!...)

LUISA. Siéntese usted en su butaca. ¡Pronto!

JULIAN. (Y ¡qué hechicera está enfadada!) (Mirándola.)

LUISA. Que se siente usted. (Dando una patada en el suelo.)

JULIAN. Bueno: ya voy. (Se sienta en la butaca.)

LUISA. Y tome usted su libro. (Tirándoselo desde donde está. El libro cae encima de Julian, que da un respingo.)

JULIAN. ¡Oh!

LUISA. ¿Le ha hecho á usted daño? (Con sequedad.)

JULIAN. No. (Como por galantería, y dando á entender que sí.)

LUISA. ¡Qué lástima! (Se sienta en el otro extremo del escenario donde ántes estuvo, vuelta completamente de espaldas á Julian. Óyeso un golpe á la puerta de la derecha.) Llaman. (Levantándose.) ¡Que llaman! (Á Julian, impetuosamente.)

JULIAN. Ya lo oigo. ¿Quién es?

ENRIQUE. Abre: soy yo. (Dentro.)

LUISA. ¡Mi papá! (Con mucha alegría.) Abra usted. (Julian se busca en los bolsillos la llave de la puerta.) ¡No quiere abrir, papá, no quiere abrir! (Gritando para que su padre la oiga.)

JULIAN. Estoy buscando la llave.

ENRIQUE. ¡Julian! (Dentro, con tono de enojo y recelo.)

JULIAN. ¡Ahora el otro! Vaya, que entre los dos... Aquí está. (Sacando la llave de un bolsillo.)

LUISA. ¡Pues! En cuanto se ha enojado mi padre. (Julian abre la puerta de la derecha.)

ESCENA II.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿No querias abrir? ¿Por qué? (Mirando á Julian y á Luisa.)

LUISA. ¿No te ha pasado nada?

JULIAN. ¿Vas ahora á suponer?... Esa criatura no está en su juicio.

LUISA Criatura... sí, criatura...

ENRIQUE. ¿Te ha dicho algo? (Á Luisa, mirando á Julian.)

JULIAN. Y tú, más necio que tu hija.

LUISA. De veras, papá, que no se le puede sufrir.

ENRIQUE. ¿Qué te ha dicho?

LUISA. Lo mismo que tú: que de todo tiene él la culpa.

ENRIQUE. ¡Ah! (Con gozo.) ¡Gracias, Julian! (En voz baja con vehemencia, cogiéndole una mano.)

JULIAN. Mira, quítate, y no me sobes. (Rechazándole.)

LUISA. Pero papá...

ENRIQUE. ¿Qué quieres?

LUISA. ¿Qué he de querer? Que no seas amigo de un hombre así: que no le des la mano.

JULIAN. ¡Qué gusto, eh? (Á Enrique.)

ENRIQUE. Déjanos. (Á Luisa.)

LUISA. ¡Otra vez que me vaya!

ENRIQUE. Sí, hija mia; es preciso.

LUISA. ¿Conque yo no he de poder estar á tu lado?

ENRIQUE. Volverás al momento.

LUISA. ¡Y todo por ese!... (Con ademan despreciativo.)

JULIAN. ¡Dale!

ENRIQUE. Sé juiciosa.

LUISA. ¿No dijo usted ántes que se iba á ir?

JULIAN. ¡Me echa!

ENRIQUE. ¡Luisa! (Reprendiéndola.)

LUISA. Enfádate conmigo... Eso es... (Llorando.) ¡En mala hora vine yo del colegio! (Vase por la puerta de la derecha.)

JULIAN. No lo sabe ella bien.

ESCENA III.

ENRIQUE y JULIAN.

ENRIQUE. ¡Qué dia tan funesto! (Dejándose caer sobre una silla, con grande abatimiento.)

JULIAN. Tu tardanza me iba ya dando mala espina. ¿Qué hay?

ENRIQUE. No queria un hijo á mi lado, y el cielo, el destino, la casualidad—¿qué sé yo?—me envia dos al mismo tiempo.

JULIAN. ¿Conque el niño que traia Matilde?...

ENRIQUE. Es mi hijo. ¡Hijo desventurado! Por milagro le he vuelto á ver.

JULIAN. ¿Ha estado malo?

ENRIQUE. No. Ha querido matarle.

JULIAN. ¡Cómo! ¿Ella?...

ENRIQUE. ¡Ella! ¿Estás loco? Él.

JULIAN. ¿Él?

ENRIQUE. Ese viejo maldito.

JULIAN. ¿Qué viejo?

ENRIQUE. Su padre. ¿No me entiendes? (Impacientándose.)

JULIAN. Si no te explicas...

ENRIQUE. Volvió á Madrid pocos dias há; Matilde se lo confesó todo; él tomó el cielo con las manos; se empeñó en averiguar el nombre del autor de su infamia...

JULIAN. Será una especie de viejo de Calderon, muy rutinario y tradicionalista.

ENRIQUE. No logró que Matilde se lo dijera; y un dia, ciego de rabia, cogió al niño, y quiso estrellarlo contra la pared.

JULIAN. ¡Qué bruto!

ENRIQUE. Resolvióse entónces la infeliz á ponerle bajo mi amparo, y al venir hoy con él hácia aquí...

JULIAN. Ya.

ENRIQUE. Su padre, que estaba acechando desde un portal frontero del suyo...

JULIAN. La veria...

ENRIQUE Y la siguió recatadamente ..

JULIAN. Y se entró de rondon.

ENRIQUE. ¡Vive Dios, que ha de pagármelas todas juntas!

JULIAN. ¿En qué habeis quedado?

ENRIQUE. Hoy mismo nos batimos á muerte.

JULIAN. ¿De véras?

ENRIQUE. Yo no queria. ¡Es un anciano! ¡Se quejaba de mí con razon! Sabes lo que ha hecho para obligarme á reñir con él? ¿Lo sabes? (Con furia)

JULIAN. Como tú no lo digas...

ENRIQUE. ¡Me ha puesto en la cara la mano!

JULIAN. ¡Oiga!

ENRIQUE. Á no haber estado aquí mi hija, aquí mismo le hubiera arrancado el alma.

JULIAN. ¡Consecuencias de un estado social erróneo y absurdo! ¡Lamentables extravíos de la raza humana! ¡Si mi sistema filosófico prevaleciera! ..

ENRIQUE. Déjate de filosofías. Las condiciones del duelo están ya pactadas Nos batiremos á pistola, colocándonos á diez pasos el uno del otro, con facultad cada cual de ir ganando terreno, y de hacer fuego sobre su adversario cuando lo estime conveniente.

JULIAN. ¡Enorme atrocidad! No hallarás padrino que la autorice.

ENRIQUE. Hemos resuelto llevar testigos solamente. Uno de ellos, tú; el otro, la persona cuyo nombre va apuntado en ese papel, con las señas de su habitacion. (Dándole un papel doblado.) Anda á ponerte de acuerdo con él. Esta tarde ha de verificarse el duelo.

JULIAN. ¡Pero un duelo así!... Mira que no habrá más remedio que morir ó matar.

ENRIQUE. Matar ó morir quiere ese hombre: lo mismo quiero yo.

JULIAN. Muriendo el otro, ménos malo.

ENRIQUE. ¿Quién sabe?

JULIAN. Pero ¿y si el otro acaba contigo?

ENRIQUE. Tendré paciencia.

JULIAN. Despues de muerto, es seguro que la tendrás.

ENRIQUE. No hay tiempo que perder: anda.

JULIAN. Me lavo las manos, y allá voy. ¿Quién no imitó alguna vez á Pilatos? (Dirigiéndose hácia la derecha.)

ENRIQUE. Aguarda: otra cosa. ¿Qué haré con ese niño? Está aquí. ¿No te lo he dicho ya? ¿Podia yo tolerar que siguiese al lado de ese tigre que le abomina, que en mi presencia ha vuelto á levantar las manos sobre él? ¡Bárbaro! ¡Amenazar á un ser tan débil; á una criaturita que ni siquiera ha de comprender la amenaza! ¡Y si vieras qué niño! ¡Si vieras qué belleza la suya tan singular! Contrastando en sus hechiceras facciones con la gracia infantil, melancólica seriedad; velado en densa palidez el semblante; los ojos entornados como si no tuviera fuerzas para abrirlos del todo, revélase en él tristeza indefinible, y no se le puede mirar sin indefinible tristeza. Bien que aun dormida su razon ¿presentirá ya ese inocente su desdicha? ¿Apostaria algo bueno á que te estoy pareciendo soberanamente ridículo? ¿Qué quieres? El amor paternal es otra de tantas antiguallas como afean el mundo. (Irónicamente.) ¡Ay, Julian, Dios ha resuelto castigarme! (Abandonándose á los impulsos de su corazon.)

JULIAN. ¿Empezamos á diosear?

ENRIQUE. Es verdad; tú no crees en Dios. ¡Dichoso tú! ¿Qué digo? ¡Desgraciado tú!

JULIAN. Con efecto: no tengo el recurso de acordarme de Santa Bárbara cuando truena.

ENRIQUE. Bueno es acordarse de Dios, aunque sea tarde. ¿Qué haré con ese niño? ¿Sacarle de aquí? Privado de las caricias de su madre, ¿no ha de gozar las de su padre tampoco? Y si muero, ¿quién mejor que su hermana?... ¡Pobre hija mia! Debió ser templo de tu pureza esta casa: fijas la planta en ella, y tropezando con un crímen, tienes que abrir los ojos á la dolorosa experiencia del mal. Únicamente mereciéndola se debiera alcanzar la dicha de ser padre.

JULIAN. Te vas haciendo moralista. ¡Síntoma aciago! El viejo te va á dar hoy un susto.

ENRIQUE. Ya que no puede ignorar la culpa, ignore quién es el

culpado, á lo ménos. Segun viene de más arriba, tiene el mal ejemplo más eficacia. Dejémosla en el error en que está. Para ella eres tú el seductor de Matilde...

JULIAN. Ese favor te debo.

ENRIQUE. Sé tambien para ella el padre de ese niño.

JULIAN. ¿Yo padre?

ENRIQUE. ¿Qué remedio?

JULIAN. ¡No faltaba más! ¡Hasta ahí podian llegar las bromas!

ENRIQUE. Es preciso, Julian.

JULIAN. No hay tal precision. (Enrique hace un ademan de súplica.) Porfiarás en vano. Te digo que no cargo con el mochuelo.

ESCENA IV.

DICHOS y LUISA.

Luisa entra melancólica y pensativa por la puerta de la derecha, y se acerca á su padre.

LUISA. Papá, en casa hay un niño.

ENRIQUE. ¡Ya le ha visto, Julian! (Bajo, en tono de súplica.)

JULIAN. ¡Que no! (Bajo, á Enrique.)

LUISA. Le oí llorar. La criada que estaba con él, se inmutó al verme, y no ha sabido qué decir. Papá, ¿qué niño es ese?

ENRIQUE. Ese niño...

LUISA. Dígalo usted. (Dirigiéndose á Julian.)

JULIAN. ¿Yo?

LUISA No se atreve á decirlo. No importa. Ese niño es el mismo que tambien lloró ántes.

ENRIQUE. ¡No me descubras! (Bajo á Julian, con ansiedad.)

JULIAN. Pero ¡qué empeño tan maldito! (Bajo, á Enrique.)

LUISA. El mismo á quien llamaba hijo la pobrecita mujer que estuvo ántes ahí.

ENRIQUE. ¿Oyes? (Bajo, á Julian.)

JULIAN. Sí que oigo. (Bajo, á Enrique.)

LUISA. Fácilmente se adivina quién es su padre.

ENRIQUE. ¿Lo ves? (Bajo á Julian, con mayor angustia.)

LUISA. Aunque su padre... (En tono de amarga reconvencion, mirando á Julian.)

JULIAN. Sí, que lo veo. (Bajo á Enrique, con mayor aspereza.)

LUISA. ¡Su padre no quiere llamarle hijo! ¡Su padre tiene mal corazon! (Con profunda pena, llorando.)

JULIAN. ¡Caramba! (Con rabia y despecho, dando un paso hácia Luisa, resuelto á decir la verdad.)

ENRIQUE. ¡Por Dios, Julian! (Con ansiedad vivísima, deteniéndole. Julian se queda suspenso un instante sin saber qué hacer.)

JULIAN. Abur. (Váse precipitadamente por la puerta de la derecha.)

ESCENA V.

ENRIQUE y LUISA.

LUISA. ¡Qué desdichada criatura! (Como hablando consigo misma.) ¿Á tí no te da vergüenza decir que eres mi padre, verdad? (Corriendo á él, y abrazándole con efusion.)

ENRIQUE. ¡No, vida mia! En ser tu padre fundo yo mi dicha, mi gloria. (Luisa, muy abatida, se deja caer en una silla, que tendrá al lado. Enrique se sienta junto á ella.)

LUISA. Antoñita me aseguraba que el mundo es muy alegre. Veo que sor Ignacia tenia razon al afirmar que en el mundo se llora mucho más que se rie.

ENRIQUE. Ni bastan largos años de risa á compensar unas breves horas de llanto. Siéntese más que el placer la pena, como si el alma estuviera ménos dispuesta á regocijarse con la alegría que á padecer con el dolor. Pero nosotros afortunadamente no tenemos ningun motivo de pesadumbre. (Cambiando de tono para no entristecer á Luisa.) Tú eres muy jóven todavía: tú debes ser feliz.

LUISA. No, papá; no lo soy. Siento el corazon oprimido; perdí el sosiego, y lo conozco; en mucho tiempo no lo volveré á recobrar.

ENRIQUE. ¡Qué niñada! ¿Por qué?

LUISA. Si yo misma lo ignoro. ¡Me habia parecido tan bueno

ese amigo tuyo! ¡Me hubiera alegrado tanto de que lo fuese!

ENRIQUE. (Una desgracia nunca viene sin compañía.)

LUISA. ¡Y me da tanta pena de que sea malo! (Con íntimo dolor.) ¡Me da tanto coraje! (Con indignacion, cambiando bruscamente de tono.)

ENRIQUE. (El manantial comprimido salta luego impetuoso. (Levantándose, y apartándose un poco de su hija.) ¿Qué debo recelar? ¿Se habrá enamorado de veras?) (Luisa, como asaltada de repentina idea, se levanta tambien, y se acerca á su padre.)

LUISA. Dí: ¿le amenaza algun riesgo? ¿Ese hombre que le quería matar?... (Manifestando mucha zozobra.)

ENRIQUE. Ya no hay cuidado. Tranquilízate.

LUISA. ¿Por qué se ha ido?

ENRIQUE. Tenía que salir.

LUISA. ¿Ha salido á la calle? (Enrique hace un ademan afirmativo.) ¿Y tardará mucho en volver?

ENRIQUE. No.

LUISA. ¡Ojalá!

ENRIQUE. (¿Cuándo empezó este dia?)

LUISA. Y eso que no veo el instante de que se vaya de aquí, y nos deje en paz; porque temo que si le trato mucho, á pesar mio, tendré que aborrecerle.

ENRIQUE. (¡Le ama!)

LUISA. ¡Dios me libre de aborrecer! ¡Qué gran desdicha debe de ser el odio! ¡Una desdicha sin consuelo!

ENRIQUE. Ea, vamos, no llores: se acabó. No quiero verte así. (Limpiándole las lágrimas, y haciendo que se siente á su lado.) Hablemos de otra cosa.

LUISA. Bien... sí .. habla. (Se queda pensativa.)

ENRIQUE. Pero desarruga ese ceño.. alégrate... sonrie. Mañana iremos á las tiendas... (¡Puede ser que mañana!...) Te compraré vestidos, adornos, joyas... (¡Mañana huérfana tal vez!) No ha de haber en todo Madrid señorita con más lujo que tú.

LUISA. Pues no vuelve tan pronto.

ENRIQUE. Que no vuelve... ¿Quién?

LUISA. Ese caballero... tu amigo.

ENRIQUE. Ah, ya: Julian.

LUISA. Julian.

ENRIQUE. ¿No te hallas mejor á solas con tu padre, que tanto te quiere?

LUISA. Tambien te quiero yo á tí mucho. ¡Y he de quererte más cada dia! Porque tú eres bueno. Sí, mi papá es bueno, ¡gracias á Dios!

ENRIQUE. (¡Qué angustia!)

LUISA. Y no que el otro...

ENRIQUE. ¿El otro?...

LUISA. Julian.

ENRIQUE. (¡Siempre Julian!)

LUISA. Oye. ¿Tú le llamas amigo?

ENRIQUE. Sí.

LUISA. ¿Conque sin duda le querrás?

ENRIQUE. Cierto.

LUISA. ¿Conque se puede querer á un malvado?

ENRIQUE. ¡Mira lo que dices! (Levantándose.) (¡Malvado me está llamando mi hija!)

LUISA. Entónces... (Levantándose.) ¿Le querré yo tambien? (Como hablando consigo misma.)

ENRIQUE. Sé clemente, hija mia, y no llames á nadie malvado. Quizás tuvieras que arrepentirte.

LUISA. ¿No es una maldad lo que ese hombre ha hecho?

ENRIQUE. Tú no puedes saber...

LUISA. Sé que es una maldad. (Con energía.)

ENRIQUE. Te engañas.

LUISA. ¡Una maldad horrible! (Con vehemencia.)

ENRIQUE. Tu imaginacion, que todo lo abulta...

LUISA. ¿Y los gritos de furor que daba aquel hombre!

ENRIQUE. Sin embargo...

LUISA. ¿Y los lamentos de aquella mujer, que partian el alma!

ENRIQUE. Cosas del mundo...

LUISA. ¡Ay, papá; las cosas del mundo parecen cosas del infierno! (Con terror.)

ENRIQUE. ¡Hija, por piedad!... (Sin poder dominar su emocion.)

LUISA. ¿Y ese niño! ¡Oh, desde que he visto á ese niño, parece que soy otra! (Con tono muy grave.) Pienso de distinta manera: siento como no he sentido hasta hoy. ¡Papá, ese niño es muy desgraciado! (Con arrebato de amargura.)

ENRIQUE. ¡Ay, sí: muy desgraciado! (Abandonándose á su afliccion, y llorando.)

LUISA. ¿Lo ves? Ya no lo niegas... ¡Y lloras! ¡Lloras tú tambien!

ENRIQUE. Sí... ¡Lágrimas! (Llevándose á los ojos las manos.) ¡Ya era tiempo! ¡Bien venidas seais!

LUISA ¡Me ha echado los bracitos al cuello, como si me hubiera conocido!... ¡Me ha mirado con tanto afan!... ¡Parecia que deseaba decirme algo! Y yo, tonta de mí, olvidada de que la pobre criatura no podia hablar, le gritaba: «¿Qué, hijo mio, qué? Dímelo.» (Con acento solemne.)

ENRIQUE. (¡Ojalá hubiera podido decírselo!)

LUISA. ¡Y él, mirándome, mirándome sin pestañear!

ENRIQUE. Quiérele mucho, Luisa: tu padre te lo ruega. ¡Es tan fácil amar á un niño!

LUISA. Quien no ame á un niño, ¿qué amará?

ENRIQUE. ¡Y ese es tan hermoso, tan dulce!

LUISA. ¡Como un niño Jesus!

ENRIQUE. Y si un dia le vieses abandonado, solo, tú le ampararias, ¿verdad?

LUISA. ¡Sí, papá, sí; yo le ampararia! (Enérgicamente.)

ENRIQUE. ¿Serias para él una hermana?

LUISA. Eso es poco: ¡una madre!

ENRIQUE. ¡Dios te bendiga, hija de mi corazon, Dios te bendiga! (Arrojándose á ella como delirante; y estrechándola varias veces fuertemente en sus brazos.)

LUISA. Pero ¿qué: no hay medio para desenojar á un padre que amenaza, para consolar á una mujer que llora, para que ese niño no sea desgraciado? Alguno debe haber.

ENRIQUE. ¿Y si no le hubiera?

LUISA. ¡Es imposible que no le haya! ¡Le hay! Yo sé cuál es.

ENRIQUE. ¿Tú?

LUISA. Yo. Silencio. (Estremeciéndose.) Ahí viene. (Sin apartar de su padre los ojos.)

ENRIQUE. ¿Quién?

LUISA. Julian.

ESCENA VI.

DICHOS y JULIAN.

Julian sale en traje de calle por la puerta del foro, y al salir deja en una silla el sombrero.

LUISA. Al fin volvió usted. (Procurando serenarse.) Papá le aguardaba con impaciencia.

JULIAN. (Todo está ya arreglado.) (Bajo, á Enrique.)

ENRIQUE. Bien: luego... (Bajo, á Julian.)

LUISA. Tenemos que hablar. (Sentándose, y procurando sonreir.) Siéntese usted. (Á Julian.) Siéntate. (Á su padre.)

JULIAN. ¿Hay algo de nuevo? (Bajo, á Enrique.)

ENRIQUE. (¿Cuál será su intencion!) (Para sí.)

LUISA. Vamos. (Instándoles á que se sienten. Ambos lo hacen.) Más cerquita. (Á Julian, el cual acerca un poco su silla á la de Luisa.) Más. ¿Tan desagradable es para usted estar á mi lado?

JULIAN. ¿Desagradable? (Acercándose mucho á Luisa.) No por cierto... Muy al contrario, señorita... (Manifestando íntima complacencia.) Sino que como ántes me ha tratado usted con tanta severidad...

LUISA. Me conservaba usted rencor.

JULIAN. ¿Yo rencoroso con usted! Sentia pena... pena muy grande solamente.

ENRIQUE. Pero ¿no has dicho que teniamos que hablar?

LUISA. Hablando estamos. Un poco de paciencia. (Á su padre.) Yo creí que no me miraba usted con muy buenos ojos. (Á Julian.)

JULIAN. Eso temia yo de usted...

LUISA. ¿Sí? ¡Qué tontería! Ahí tiene usted lo que es no entenderse la gente. (Con ingenuidad.)

JULIAN. ¿Conque puedo esperar?... (Con calor.)

LUISA. ¿Qué? (Con viveza.)

JULIAN. ¿Que seamos amigos?

ENRIQUE. Pero... (Levantándose, y dando un paso hácia Luisa y Julian.)

LUISA. Calla tú, papá. Déjanos hacer las paces tranquilamente. (Enrique vuelve á sentarse.) Sí señor; seremos amigos, muy amigos.

JULIAN. ¡Qué dicha!

LUISA. Ahí va mi mano.

JULIAN. ¡Señorita!... ¡Mi júbilo!... ¡Mi satisfaccion!... (Estrechando á Luisa la mano.)

LUISA. (¡Yo no sé qué tengo, Dios mio!) (Con extrañeza candorosa, llevándose la mano que tiene libre al corazon.)

JULIAN. (¡Qué diablos me sucede!) (Pasándose por la frente la mano izquierda.)

ENRIQUE. ¿Acabareis de hacer las paces? (Sin poder reprimirse.)

LUISA. Ya están hechas. ¡Y para siempre!

JULIAN. Oh, sí: ¡para siempre! (Se quedan mirándose en silencio con las manos cogidas. Despues de una breve pausa, Luisa inclina la cabeza con rubor instintivo, de que no acierta á darse cuenta, y separa muy poco á poco su mano de la de Julian, el cual permanece como embelesado, con la mano extendida. Enrique los contempla triste y abatido. Durante otra breve pausa, procura Luisa dominar su emocion, y al fin, pasándose las manos por el rostro y sacudiendo la cabeza, habla de pronto con aparente jovialidad.)

LUISA. Pues han de saber ustedes por la mayor ventura del mundo, que el dia de la Santa Cruz bajamos de madrugada las niñas al jardin del colegio, para cortar flores con que hacer altaritos. Y al acercarme yo á un rosal muy hermoso, ví en él una cosa que se movia, y dí un grito asustada, y por poco beso la tierra sin querer. Acercáronse las más valientes á ver qué era, y era... ¿Á que no lo aciertan ustedes? ¡Era un niño recien-nacido! (Con gravedad y ternura.)

ENRIQUE. ¿Eh!

JULIAN. ¿Cómo!

LUISA. Unas se echaron á llorar, otras se echaron á reir, y al

ruido que entre todas haciamos con risas y lloros, acudió Sor Ignacia corriendo, corriendo, cuanto se puede correr con ochenta años encima. Llegó al rosal, y se quedó con tanta boca abierta, más parada que las estátuas del jardin. Luego se puso amarilla como la cera; luego se puso encarnada como una amapola; luego miró en torno suyo con ira; luego miró al niño con tristeza; luego miró al cielo con mucho fervor: rodaron por sus mejillas dos lagrimones como nueces: quiso decirnos algo; no nos dijo nada; tomó el niño en los brazos; y muy despacito, muy despacito, se fué con él. Yo me senté con Antoñita en un banco;—Antoñita venia con frecuencia á Madrid, y habia leido más de mil novelas, y es muy sabia;—y entre una y otra tuvimos esta conversacion. Yo, muy asombrada: «¡Ay, Antoñita! ¿has visto?» Ella, muy serena: «Como que no estoy ciega, Luisa.»—«Dime: ¿nacen niños en los rosales?»—«¡Tonta! Ese niño, como todos, tendrá padres de carne y hueso.»—«¡Ba! Si tuviese padres, ¿hubiera estado solo ahí?»—«Sí, porque sus padres no serán marido y mujer, y ahí le habrán puesto para que le recoja Sor Ignacia, que pasa por muy caritativa.»—«Y los que no son marido y mujer, ¿abandonan así en cualquiera parte á sus hijos?»—«¡Toma, toma! ¡Y se avergüenzan de ellos, y les niegan su nombre, y á veces los matan!»—«¡Cállate, mujer! ¡Calla, por la Vírgen de los Dolores!» Y lo que yo entónces padecí, figúrenselo ustedes por lo que ahora padezco. Y Antoñita, viéndome tan desconsolada, lloró mucho tambien. Y seguia diciendo: «¡Esos infelices viven luego sin honra, menospreciados de la gente; el mundo está para ellos desierto; y quizá á impulsos del hastío ó la desesperacion, llegan á maldecir á sus padres!» Y yo exclamé: «¿Conque no tiene remedio ninguno la desventura de ese niño!» Y ella me respondió: «Si sus padres fuesen libres y se casaran, todo quedaba remediado.»—«Y entónces ¿viviria con ellos, disfrutando

de sus caricias? ¿No habria vergüenza para el hijo ni para los padres? ¿Todos merecerian la estimacion del mundo y las bendiciones del cielo?» Y Antoñita me iba respondiendo ¡sí, sí, sí! Pues mire usted, Julian: aquí hay un niño tan desdichado como aquel. ¡Ay, Julian, ay amigo mio de mi alma: cásese usted por Dios con la madre de esa criaturita! (Con voz ahogada por los sollozos, cayendo á los pies de Julian. Enrique habrá ido manifestando con sus ademanes y con la expresion de su rostro las varias y violentas emociones que le causan las palabras de Luisa. Julian la habrá escuchado anhelante con interés vivísimo.)

JULIAN. ¡Oh! (Acudiendo á levantar á Luisa.)

ENRIQUE. (¡Todo lo merezco!) (Quédase atónito, inclinando la frente al suelo, y apoyado en la silla con una mano.)

LUISA. ¡Respóndame usted! ¡Dígame usted que sí!

JULIAN. ¡Señorita!... ¡Luisa!... (Queriendo levantarla.)

LUISA. No me levanto hasta que me haya usted prometido salvarle. ¿Y su madre de usted? ¿Dónde está? ¿Vive?

JULIAN. No, Luisa: murió.

LUISA. ¿Cuándo? ¿Hace ya mucho tiempo?

JULIAN. Hace ya... Oh! (Estremeciéndose como si recordara algo que no debiese haber olvidado.)

LUISA. ¿Qué?

JULIAN. Esta tarde, Luisa; esta tarde al toque de oraciones hará cinco años que la perdí!

LUISA. ¿Se acuerda usted de ella todavía?

JULIAN. ¡Cómo si la hubiera perdido ayer! (Muy conmovido.)

LUISA. ¡Sí! (Levantándose, y poniendo una mano sobre el corazon de Julian.) ¡Todavía al recordarla quiere este corazon salirse del pecho!

JULIAN. ¡Era tan buena mi madre!

LUISA. Entónces ¡su hijo no puede ser tan malo!

JULIAN. ¡Quién sabe! (Con gravedad.)

LUISA. Julian, ¡por su madre de usted! ¡Valga la memoria de una madre tan buena al hijo de su hijo!

JULIAN. ¡Enrique! ¡Habla! ¡Dí algo por favor! (Con grande ansiedad.)

ENRIQUE. Luisa... lo que haces... á tu edad... (Sin moverse del sitio

en que se halla, dando señales de viva agitacion.)

LUISA. Pues si yo soy demasiado jóven para defender á una criatura, ven aquí, papá, ven aquí; y defiéndela tú. ¿Por qué tú no intercedes tambien por ella? (Enrique permanece inmóvil, más angustiado cada vez.) ¡Oh, si viviera su madre de usted! (Á Julian.) ¡Si viviera la mia, cuyo único afan era procurar la dicha de todo el mundo! ¡Mirándonos estás desde el cielo, madre de mi alma; si lo que yo quiero es bueno, ayúdame á lograrlo! (Levantando al cielo los ojos.) Voy por él. (Á Julian.) Con él en los brazos, volveré á ponerme de rodillas: haré que tienda hácia usted sus manecitas suplicantes... No le rechazará usted... ¡Imposible!... ¿Verdad que no? ¡Angelitos del cielo, rogad por vuestro hermano! (Váse corriendo por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

ENRIQUE y JULIAN.

Ambos quedan bastante separados el uno del otro.

ENRIQUE. (¡Me falta aire!... ¡Me ahogo!)

JULIAN. (¡Qué desazon!... ¡Qué angustia!)

ENRIQUE. (Si este me ve derramar lágrimas... ¡Llorar un hombre!) (Volviéndose casi de espaldas á Julian, y limpiándose las lágrimas con la mano.)

JULIAN. (Si este me ve tan conmovido .. ¡Yo así!) (Volviéndose casi de espaldas á Enrique, y haciendo esfuerzos para recobrar la serenidad.)

ENRIQUE. (¡Le ama! ¡Le ama de veras!)

JULIAN. (¿Querré yo á esa muchacha?)

ENRIQUE. (¡Maldito duelo! En él puedo morir.)

JULIAN. (Enrique puede morir en el desafio, y la pobre niña...)

ENRIQUE. (Muriendo con el consuelo de que no se quedaria sola en el mundo...)

JULIAN. (¡Un suegro como ese!...)

ENRIQUE. (¡Un yerno como ese!...)

JULIAN. (¡Qué ejemplos daria á mi mujer!)

ENRIQUE. (¡Qué máximas enseñaria á mi hija!)

JULIAN. Enrique. (Procurando en vano ocultar su turbacion.)

ENRIQUE. Julian (Haciendo tambien esfuerzos inútiles para disimular.)

JULIAN. Va á volver.

ENRIQUE. Sí.

JULIAN. ¿Qué haremos?

ENRIQUE. No lo sé.

JULIAN. Hay que tomar una determinacion.

ENRIQUE. ¡Ser despreciado .. acaso aborrecido por ella!

JULIAN. Resuelve.

ENRIQUE. Es probable que dentro de poco deje de existir. Aguarda á que yo no viva para decírselo. Entónces no me despreciará, no me aborrecerá.

LUISA. ¡Oh! (Dentro, dando un grito terrible.)

ENRIQUE. ¡Luisa!...

LUISA. ¡Papá! ¡Julian! ¡Papá! (Dentro, gritando desesperadamente, y sale en seguida corriendo por la puerta de la derecha, pálida y desencajada.)

ESCENA VIII.

DICHOS y LUISA.

ENRIQUE. ¿Qué es eso? (Acercándose á su hija, asustado al verla.)

JULIAN. ¿Qué tiene usted? (Acercándose tambien á Luisa, lleno de zozobra.)

LUISA. ¡Ahí!... ¡Ahí!... (Señalando á la puerta de la derecha, muy acongojada, sin poder hablar.)

JULIAN. ¿Qué?

ENRIQUE. ¡Habla!

LUISA. ¡Ahí!... No puedo... Venía con él...

ENRIQUE. ¿Con el niño?

LUISA. Sí... De pronto... le sentí estremecerse...

ENRIQUE. ¡Oh!

JULIAN. Siga usted.

LUISA. ¡Se quedó horrible!... ¡Con la boca torcida!... ¡Con los ojos en blanco!...

ENRIQUE. ¡Jesus! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! (Váse, como fuera de sí, por la puerta de la derecha.)

LUISA. ¡Eh! ¿Cómo? ¿Qué dice! (Con grande asombro.)

JULIAN. Nada... No haga usted caso... Nada...

LUISA. Pero entónces... Entónces usted... ¿Con que usted no es el malo! (Yendo hácia él con expresion de júbilo.)

JULIAN. ¡Luisa!

ENRIQUE. ¡Un médico! ¡Ve por Dios! ¡Un médico! (Sale por la puerta de la derecha, lleno de terror.)

JULIAN. (¡Me ama!) (Mirando á Luisa con dulce emocion.)

ENRIQUE. ¡Corre! ¡Mi hijo se muere! (Con acento de desesperacion. Julian toma el sombrero, y se va precipitadamente.)

LUISA. Pero entónces... ¡Entónces es él! (Mirando con espanto á Enrique.) ¡Mi padre es el malvado!

ENRIQUE. ¡Oh! (Dando un grito al oir las palabras de su hija.) ¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! (Ocultándose con las manos el rostro.)

LUISA. ¡Es mi padre! (Con expresion enteramente distinta, manifestando sólo intenso dolor, y prorumpiendo en copioso llanto.) ¡Perdon, padre mio, perdon! (Corre hácia su padre, y cogiéndole apresuradamente una mano, se la besa con respeto y amor.)

ENRIQUE. ¡Hija de mis entrañas! (Abrazándola apasionadamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del segundo. La puerta del foro estará cerrada.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE.

Aparece sentado cerca de un velador escribiendo: despues de breves instantes pone sobre á la carta que acaba de escribir.

¿Llegarán al corazon de mi hija estas palabras? Debo esperar que sí, porque han salido de mi corazon. ¡Pobre corazon, cómo has cambiado en pocas horas! ¡Cuánto se vive padeciendo! (Se guarda la carta en el bolsillo del pecho de la levita.) ¿Dónde estaba yo poco há? ¿Dónde estoy ahora? ¿Por qué lo que ántes creí bueno, ahora me parece execrable? ¿Por qué me causa ahora vergüenza, aquello mismo que ántes me envanecia? Toma en el mundo cara de placer el delito, y el hombre que se tenía por feliz, hállase un dia delincuente. ¡Crimenes tanto más indisculpables los mios, cuanto es mayor su impunidad! ¿Quedarán siempre sin castigo? No: la impotencia de la justicia humana es señal infalible de otra justicia omnipotente. No: porque allí donde acaba

la justicia de los hombres, allí empieza la justicia de Dios. (Se levanta.) ¡De Dios! ¡Qué olvidado le tuve! ¡Qué miedo me causa recordarle! Hijo mio, tu padre ha sido tu verdugo. (Mirando hácia la puerta del foro.) Naciste de entrañas llenas de afliccion: te alimentaste de amarguras: el dolor que yo causé á tu madre ha puesto fin á tu existencia. Pero no hay rencor en los ángeles. Mira, ángel mio, con piedad al cuitado que estuvo ciego, y que hoy, al recobrar la luz, ve con espanto lo que hizo en las tinieblas. ¡Qué pronto me has dejado! No era yo digno de poseerte. ¡Y si al ménos te hubieras ido sin padecer! ¡Qué angustia ver padecer á un pequeñuelo! ¡Qué horrible angustia ver padecer á un hijo! ¿Por qué, Señor, tan crueles tormentos á una criatura? ¿Son tal vez castigo del culpado los dolores del inocente? ¿Paga tal vez el inocente algo por el culpado? ¿Qué ojos mortales penetrarán los designios de tu misericordiosa justicia? ¡Lo que tú haces, bien hecho está. ¡Pobre hijo mio! ¡Pobre hijo mio de mi alma! (Déjase caer en un sofá, y llora amargamente.) Lloro, siento pena muy honda, y, sin embargo, no sé qué extraña suavidad y frescura me halaga el corazon. ¡Qué poco saben de las dulzuras de la vida los míseros que no te conocen, santa alegría del dolor! Ea: ya se acerca la hora. (Levantándose.) La hora de morir. ¿Qué remedio? La condicion de Matilde tan diferente de la mia; su desdicha, bien que hija de mi vil proceder, eran ya sobrado motivo para que yo no me casara con ella. Hoy, á pesar de todo, me hubiera resignado quizá á ser fábula de Madrid. Pero el padre de Matilde me ha hecho el mayor de los ultrajes. ¿Cómo resolverme á vivir con un rostro abofeteado? ¿Cómo evitar el duelo? No está en lo posible que ese anciano, cuya razon perturba la ira, ceje en el empeño de lavar con sangre su deshonra: con sangre únicamente se puede quitar la mancha de mi rostro. Pues ¿qué arbitrio me queda sino dar voluntariamente mi vida en pago de mi culpa, y en desagravio

del ageno y del propio honor. Para más alta hazaña se necesitaría una virtud que yo no tengo. No se rompen de una vez las cadenas que el vicio pone á sus esclavos. Viví mal: mal debo morir. ¡Casi al mismo tiempo abandonamos este mundo, hijo mio! Si es verdad que en el otro hay un cielo y un infierno, ¡qué separados vamos á estar en el otro! ¡Adios para siempre, hijo mio! ¡Ojalá te pudiera decir hasta luego!

ESCENA II.

ENRIQUE y JULIAN.

Julian sale por la puerta de la derecha, con el sombrero en la mano.

JULIAN. Ya es hora. ¿Vamos?

ENRIQUE. ¿Qué hace mi hija? ¿Dónde está? (Julian deja el sombrero en una silla, y se acerca.)

JULIAN. Allí. (Señalando á la puerta del foro.) Al lado de ese niño, cercándole de luces y flores, sin que haya medio de hacer que le abandone un solo instante. Dice y repite ¡que es tan hermoso un niño muerto; que es tan puro el ambiente que en torno suyo se respira; que se halla tan bien en medio de aquel silencio y aquella paz!... ¿Qué sé yo? Y se queda mirándole embelesada, le acaricia, le besa, llora, sonríe... Es muy terca tu hija, muy terca. Y la verdad: esa estancia con su calma y silencio; con sus luces y flores; con el cadáver de ese niño, lleno de apacible dulzura; con tu hija, más bella y candorosa que una vírgen de Rafael... No se puede negar que es encantadora tu hija... Esa estancia... Á fe que á mí no me da por el género sentimental... Si yo creyera en el cielo, Enrique, diria que esa estancia tiene ahora algo del cielo.

ENRIQUE. ¿Por qué no has de creer en él? ¡Qué mal haces! Ya no es tiempo de hablar de estas cosas. Pero si yo pudiera, si yo me atreviera á dejarte ver todo mi pecho tal como ahora se halla...

JULIAN. Dí cuanto quieras sin escrúpulo. En tu situacion cualquiera debilidad merece disculpa. Y no te empeñes en no llorar. Llora, hombre, llora. Yo me pongo en tu caso, y... Ó desespérate, y grita, y rabia... En fin, desahógate. Si á mí no me sorprenderá.... Ese cadáver me ha hecho recordar otro. Tan serena como tu hijo estaba mi madre. En ella, como en él, habia rastro misterioso de inefable alegría.

ENRIQUE. ¿Será que el cuerpo se despide con regocijo de un alma pura? Allá en el fondo de la tuya duerme la virtud heredada de padres honrados y piadosos. Orfandad temprana, malos amigos, libros henchidos de veneno, fueron escollos que no lograste superar. Te acabó de perder el ansia de gloria. Adquiérese con tanta facilidad halagando las malas pasiones, como difícilmente combatiéndolas; y al correr sus ciegos adoradores tras ella, no quieren conquistarla como soldados, sino agenciársela como rufianes. Pero, no lo dudes, Julian: es sólo gloria verdadera aquella que se busca anteponiendo al aplauso del mundo la satisfaccion de la propia conciencia: no hay gloria sin lucha; ni para alcanzarla mejor estímulo que la íntima conviccion de que siempre van juntas la corona del martirio y la palma del triunfo. ¡Oh si yo pudiese abrigar la esperanza de que al fin se encenderia en tu entendimiento la luz de la verdad; de que al fin brotaria en tu pecho, como raudal purísimo, el amor del bien!... Con esta esperanza sería yo ahora mucho ménos desventurado. Se hace tarde. Es preciso partir.

JULIAN. ¡Maldito desafío! Vamos allá

ENRIQUE. No: tú no.

JULIAN. ¿Yo no? ¿Pues no soy uno de los testigos?

ENRIQUE. Carvajal me acompañará. Ya han ido á decirle que á esta hora venga aquí ó me espere en su casa.

JULIAN. No entiendo...

ENRIQUE. ¿Se ha de quedar la pobre niña sola con un cadáver?

JULIAN. Tienes razon Pero ¿y tú?

ENRIQUE Yo no te necesito á mi lado: aquí te necesito. (Le da la carta que ántes se guardó en el bolsillo del pecho.) Esta carta es para mi hija y para tí. Leedla juntos cuando me haya marchado.

JULIAN. Esta carta... (Quedándose con ella en la mano.)

ENRIQUE. Es mi despedida.

JULIAN. Sí... con efecto... un duelo á muerte... Enrique, yo quiero ir contigo.

ENRIQUE. Respeta mi última voluntad.

JULIAN. Tu última... ¡Qué diablos! (Guardándose en el bolsillo la carta.) Desecha vanos presentimientos. Tu valor, tu destreza en las armas...

ENRIQUE. Mi hija será huérfana dentro de poco.

JULIAN. ¡Qué empeño de mortificarle á uno!

ENRIQUE. Voy decidido á respetar la vida de mi adversario.

JULIAN. ¿Qué dices?

ENRIQUE. Voy resuelto á morir.

JULIAN. ¡Enrique! ¿Estás loco? ¡Eso no puede ser!

ENRIQUE. No puede ser que yo arrebate la vida al hombre á quien ya he arrebatado el honor. Tengo sobre mi conciencia la muerte de ese niño: no mataré á ese anciano.

JULIAN. ¡Qué horror! Advierte...

ENRIQUE. Matilde se ha quedado sin hijo: no quiero que se quede sin padre.

JULIAN. Pero ¿y tu hija, desdichado, y tu hija?

ENRIQUE. Hay que elegir entre dos males: mi muerte es el menor.

JULIAN. Vuelve en tí. ¡Recuerda que ese hombre te ha llamado infame!

ENRIQUE. Lo soy.

JULIAN. ¡Te ha dado un bofeton, Enrique!

ENRIQUE. Ha hecho poco: debe matarme. En mi mesa hallarás los papeles necesarios para asegurar á mi hija la herencia de todos mis bienes. Manda á llamar á Sor Ignacia para que ni un dia esté sola. Quiero que sea su tutor el conde de Gumiel... (Julian hace un movimiento de

extrañeza.) Ese... ese de que tantas veces me has oido hacer mofa. Los malvados se burlan en público de los hombres de bien, y en secreto los respetan y envidian. Carvajal no viene. Me estará esperando, sin duda. (Dando un paso hácia la puerta de la derecha.)

JULIAN. ¡Oye! ¡Detente!

ENRIQUE. Sería mi última vileza desconfiar de tí en esta ocasion. ¡En tus manos queda mi hija!

JULIAN. ¡Tu hija es para mí tan sagrada como para tí mismo!

ENRIQUE. Prepárala á recibir el funesto golpe que la amenaza. Discúlpame con ella. ¡Que no me odie, que no me desprecie!

JULIAN. ¿Te has propuesto desesperarme?

ENRIQUE. Un abrazo, y adios. (Abrazándole.)

JULIAN. ¡Enrique!

ENRIQUE. Estás agitado, trémulo... (Con gozo de verle conmovido.)

JULIAN. Si te parece que no hay motivo...

ENRIQUE. Tus ojos se llenan de lágrimas...

JULIAN. Hoy es aniversario de la muerte de mi madre; hoy veo morir á ese niño; hoy dices tú que vas á morir... Si te parece que no hay motivo para hacer una tonteria...

ENRIQUE. (¡Alguna esperanza queda aún! ¡Quién sabe! ¡Ojalá!) Suelta.

JULIAN. No saldrás de aquí si no me prometes defender tu vida.

ENRIQUE. ¡Imposible!

JULIAN. Llamaré á tu hija. Se lo contaré todo.

ENRIQUE. ¿Serías capaz?... No me detengas.

ESCENA III.

DICHOS y LUISA.

Sale por la puerta de la derecha.

LUISA. Papá, un caballero que te busca.

ENRIQUE. Ya está ahí Carvajal. Dile que su padre se va para no volver. ¡Apresúrate á desgarrar su pecho! (Bajo, á Julian.)

JULIAN. ¡Bien desgarras tú el mio! (Bajo, á Enrique.)

ENRIQUE. Adios. (Á su hija.)

LUISA. ¿Cómo? ¿Te vas?

ENRIQUE. Con ese caballero. No puedo detenerme... Julian te dirá... Abrázame...

LUISÁ. No llores. (Abrazándole.) No tengas por él... ¡Es ya tan feliz!

ENRIQUE. ¡Sólo merece envidia!

LUISA. Que vuelvas pronto.

ENRIQUE. Sí; muy pronto.

JULIAN. ¿Volverás? (Bajo, á Enrique.)

ENRIQUE. Nunca. (Bajo, á Julian. Este se aparta de él dando señales de despecho.) Adios, hija mia, y él te bendiga como yo. (Abrazándola con emocion profunda.) Adios Julian. (Estrechándole fuertemente la mano.) Llorará mucho: enjuga sus lágrimas. Su dolor es lo que me aterra: procura darle algun consuelo. (Bajo, á Julian.) Adios. (Desde el centro del escenario, despidiéndose de Julian y de Luisa.)

LUISA. ¿Por qué te acongojas de ese modo? ¿Cómo has de irte así? (Acercándose á él.)

ENRIQUE. No es nada... Se acabó... ¿Lo ves? Ya estoy tranquilo... muy tranquilo... Conque... (Despidiéndose con la mano, como si temiera no poder reprimir su angustia al hablar. Llega á la puerta de la derecha; detiénese allí, y vuelve al lado de su hija y la abraza de nuevo.) ¡Adios, luz de mis ojos, gloria mia, encanto de mi alma! (Acércase á Julian, y le abraza tambien.) Julian: ¡mira que hemos estado ciegos: mira que la virtud no es una palabra vana: mira que la vida no se acaba en la tierra! Para mí ya no hay salvacion... ¡Sálvate! ¡Sálvese la hija de mis entrañas! (Bajo, á Julian.) Adios, Julian. (En voz alta, y dirígese hácia la derecha.) ¡Adios, hija mia! (Deteniéndose al llegar á su lado.) (¡Adios para siempre!) (Deteniéndose, ya cerca de la puerta.) (¡Qué doloroso es un adios eterno!) (Váse.)

ESCENA IV.

LUISA y JULIAN.

LUISA. ¡Muy afligido está! ¡Mucho te queria! (Siéntase á la derecha, y permanece inmóvil.)

JULIAN. ¡Se fué! ¡Nada, que se fué! ¡Y yo me quedo aquí hecho un pazguato! No. Aunque se enoje, aunque tenga que reñir con él... (Dirígese resueltamente hácia la derecha.)

LUISA. ¿Tambien usted se va?

JULIAN. No... yo no... sino que... (Deteniéndose.)

LUISA. Como papá ha dicho que usted me explicaria...

JULIAN. Sí; yo le explicaré á usted... (Mi presencia no impediria el desafío... Y ella aquí sola... Hay que irla preparando... ¿Qué nos dirá Enrique en su carta? ¡No sé qué hacer!)

LUISA. ¿Adónde ha ido mi padre?

JULIAN. Á una cita... á una cita que tiene con unos amigos.

LUISA. ¿Y en un dia como hoy?...

JULIAN. Diré á usted. . Se trata de un negocio muy importante.

LUISA. ¡Dios vaya con él! (Quédase de nuevo abstraida.)

JULIAN. (¡Pobre niña! ¡Pobre flor combatida al nacer por el soplo de los huracanes! ¡Era ha poco una rosa! ¡Ahora es una azucena! ¡Qué linda poco há! ¡Ahora más bella todavía! ¿Qué experimento yo á su lado? ¿Qué suaves emociones son estas que me hacen recordar los puros dias de la infancia? No: yo no puedo amar. ¡Ojalá pudiera!)

LUISA. ¡Oh! (Estremeciéndose de pronto.)

JULIAN. ¿Qué?

LUISA. ¡Tengo una excitacion nerviosa tan grande!... Sueño despierta. Ahora estaba soñando, y repentinamente he visto á mi padre blanco y yerto como ese niño; tan inmóvil y tan callado como él.

JULIAN. ¡Qué idea! (Procurando sonreirse) (Se me eriza el cabello Quizá haya cambiado de parecer... Quizá defenderá su

vida... Y aunque saliese herido... Las heridas no son todas mortales... Vamos, no quiero imaginar que ese desdichado...)

LUISA. ¿Habla usted solo?

JULIAN. ¡Ah! (Reprimiéndose.) Sí... Tambien yo sueño despierto á veces.

LUISA. No es difícil adivinar en qué estaria usted pensando. Se acerca la hora en que murió su madre de usted, y por fuerza ha de ir haciéndose á cada instante más vivo el recuerdo, y más vivo el dolor. No crea usted que por el mio olvido el suyo. Tambien yo pienso en ella.

JULIAN. ¡Oh, que buena es usted!

LUISA. Decia Sor Ignacia que el júbilo puede ser egoista, pero que el dolor es siempre generoso. Mi hermanito lleva el cargo de rogar por mi madre y por la de usted, si una y otra lo necesitan.

JULIAN. (¡La sangre se me hiela!)

LUISA. Rece usted, si quiere, con toda libertad. Como si aquí no hubiera nadie.

JULIAN. (¡Rezar yo! ¡Y en acordándome de mi madre, no sé por qué siempre me da pena y enojo de no poder rezar!)

LUISA. ¿Se desespera usted? Oh, no merece una madre que su hijo al recordarla se desespere.

JULIAN. Luisa: es preciso que hablemos como dos buenos amigos; como dos hermanos. (Sentándose á su lado.)

LUISA. ¡Qué feliz ocurrencia! Tenía un hermano: le he perdido. Llámeme usted hermana.

JULIAN. ¡Ojalá que mi edad me autorizase á darle á usted el nombre de hija.

LUISA. ¿De hija? ¿Por qué? Únicamente mi padre puede llamarme así.

JULIAN. Es que yo creo tenerle á usted afecto de padre

LUISA. Ignoro si el que yo siento por usted es de amiga ó hermana: de seguro no es afecto de hija.

JULIAN. (Y ella... No cabe duda... ¡Ella me ama! (Levantándose.) ¡Por mí late ese corazon virginal sin que él mismo lo

sepa! ¿Cómo seguir negándolo? No: ya lo niego: ¡la inocencia es hermosa!) (La mira con afan.)

LUISA. No me mire usted así. ¡Me hace usted daño!

JULIAN. (¡Si yo la amase!) (Siéntase de nuevo junto á ella.)

LUISA. ¿Qué iba usted á decirme?

JULIAN. Verá usted... (Esta carta me hace temblar.) Iba á decirle á usted que su padre...

LUISA. Que mi padre... ¿Por qué no sigue usted?... (Con zozobra.)

JULIAN. Á eso voy. (Se me traba la lengua.) Pues su padre de usted...

LUISA. ¿Qué? Si usted no acaba de explicarse... (Muy agitada.)

JULIAN. Me ha dejado esta carta. (Sacándola.)

LUISA. ¡Una carta!... ¿Para quién es?

JULIAN. «Para mi hija Luisa y para mi amigo Julian» (Leyendo el sobrescrito.)

LUISA. ¿Para mí? ¿Para usted? ¿Por qué nos escribe estando á nuestro lado? ¡Qué vuelco me ha dado el corazon!

JULIAN. Ahora vamos á verlo. (Procurando ocultar su turbacion. Abre la carta.) (¿Qué dirá aquí? ¡Me tiembla la mano!)

LUISA. ¿No empieza usted? (Quitándole la carta. La desdobla y fija en ella la vista.) No distingo las letras. Parece que se mueven.

JULIAN. Si me dejara usted á mí... (Quitándole la carta.) (¡Ea, acabemos de una vez!) «Hija de mi vida: mi querido Julian.» (Leyendo.) «Por motivo que ahora no os puedo descubrir, me veo obligado á separarme de vosotros.»

LUISA. ¿Mi padre separarse de mí! ¿Dice eso? ¿Mi padre me abandona?

JULIAN. Calma, valor... Quizá dentro de poco...

LUISA. No se detenga usted. (Con viva ansiedad.)

JULIAN. «Y es casi evidente que ya...»

LUISA. ¿Qué? ¡No se atreve usted á seguir! (Quitándole la carta.) «Y es casi evidente que ya no volvereis á verme nunca.» ¡Ay! ¡La Vírgen me ampare! (Como si fuera á desmayarse.)

JULIAN. ¡Luisa! ¡Amiga mia! ¡Hermana mia! Pierde el sentido...

¡Oh! (Corriendo hácia la derecha.)

LUISA. No se vaya usted... No es nada... Ya pasó. (Julian vuelve á sentarse á su lado.)

JULIAN. (Tambien á mí se me acaban las fuerzas.) ¡Ánimo! Se conoce que habrá tenido que emprender un viaje... un viaje muy largo...

LUISA. Lea usted. (Poniéndole la carta delante de los ojos, sin dejarla ella de la mano.)

JULIAN. Pero...

LUISA. ¡Oh, lea usted! (Con impaciencia y amargura..)

JULIAN. «Sola te quedas en el mundo, hija mia, sin ninguna »experiencia, llena de bondad y ternura. Esta es la »flecha más cruel que llevo atravesada en el alma. Hay »una cosa que aún no has podido comprender, pero »que muy en breve comprenderias sin remedio. Ántes »de que tú la averigües; ántes de que otro te la revele, »debe decírtela tu padre, Luisa...» ¡Oh! (Detiénese lleno de turbacion.)

LUISA. ¿Se turba usted? ¿Aparta usted de mí los ojos? ¿Qué nueva desventura?... (Fija la vista en la carta.) «Luisa...» (Leyendo.) ¡Oh! (Quédase como aturdida, inclina la cabeza al suelo, y se lleva al corazon una mano, conservando en la otra el papel. Despues de una breve pausa, se lo arrebata Julian impetuosamente.)

JULIAN. «Luisa, tú amas á Julian. ¿Qué hombre no correspon»derá á un amor como el tuyo? ¿No es cierto, Julian, que »tú amarás á Luisa? ¿No es cierto, Julian, que ya la »quieres?» Cierto es: la amo á usted, Luisa: la adoro á usted. Me empeñé en no creerlo. Indignado el amor me abrasa en llama inextinguible. (Con vehemencia.)

LUISA. ¡Mi padre se ha ido! ¡Ya no volveré á ver á mi padre! (Con profunda pena.)

JULIAN. «Pero ¡ay hijos mios! Os llamo hijos á los dos. Es pre»ciso que no ameis.» ¡Cómo! «Es preciso que dejeis de »veros y hablaros. Luisa, Julian es indigno de tu cari»ño.» ¿Qué dice! (Luisa se va incorporando en la silla como para separarse de Julian.) «Luisa, Julian no cree... (Luisa al ver

que no sigue, coge apresuradamente la carta.)

LUISA. «¡Julian no cree en la virtud!» (Levantándose muy agitada.)

JULIAN. ¡Enrique! (Con desesperacion.)

LUISA. «Julian no cree en Dios.» ¡Oh! (Dando un grito, y alejándose de Julian con terror.)

JULIAN. ¡Ay de mí! (Con angustia.)

LUISA. ¡No cree en Dios! (Óyese á lo lejos el toque de oraciones.) Y ¿á quién reza usted por su madre?

JULIAN. ¡Madre de mi alma!

LUISA. «No brotan flores en el corazon del impío. No puede »amar á nadie el que no ama á Dios. Luisa, Julian, »figuraos que es un moribundo el que os habla. Por la »memoria del padre y el amigo, jurad obedecerme.» ¡Lo juro! (Enérgicamente.)

JULIAN. ¡Oh, no pronuncie usted así mi sentencia! Usted no adivina el mal que puede causarme.

LUISA. ¡Lo juro!

JULIAN. Mi corazon estaba muerto. Usted le ha hecho resucitar. No le condene usted á morir de nuevo para siempre.

LUISA. Él lo manda: ¡lo juro!

JULIAN. ¡Ay, Enrique, nunca me hubiera imaginado que fueses tan cruel!

LUISA. «Huye, Julian, de la inocencia que tranquila va cami»no del cielo. Huye, hija, de la impiedad que te arras»traria á una senda de inacabable angustia »

JULIAN. ¡Perdí á mi madre en esta hora! ¡Tenga usted compasion! (Como fuera de sí.)

LUISA. «Á ménos...» (Julian le arrebata la carta.)

JULIAN. «Á ménos.. » ¿Oye usted? ¡Me queda una esperanza! «Á ménos que no seas tú el ángel enviado por Dios »para dar testimonio de su infinita misericordia á quien »le abandona y le ultraja...» ¡Madre, á tí me encomiendo! ¡Madre, en tí confío! (Con arrebato.) «Á ménos que »no llegue un dia en que Julian, con lágrimas de arre»pentimiento—lágrimas que no puedas tú ver sin »llorar—con voz que salga del fondo de sus entrañas—

»voz que llegue al fondo de las tuyas—caiga á tus pies, »gritando: ¡Luisa, la amo á usted! ¡Luisa, creo en Dios!» (Cayendo anegado en lágrimas á los piés de Luisa, y pronunciando estas palabras como si él mismo las dijera espontáneamente.)

LUISA. ¡Reina de los cielos! (Levantando al cielo los ojos. Julian permanece con la cabeza inclinada á tierra. Breve pausa. Sigue oyéndose el toque de oraciones.)

JULIAN. ¡Oh, madre mia; tú me enseñaste á creer! Hállase uno luego con los necios y los malvados, que agitándose en todas partes y á todas horas dando voces, logran persuadir á los demas de que sólo ellos son el mundo; y por miedo á su mofa, siente uno vergüenza de ser bueno; y para merecer su alabanza, quiere uno ser malo; y al fin se llega de este modo á la más repugnante de todas las degradaciones, á la más infame de todas las caidas: ¡á envilecerse adrede por vanidad! ¿Querrá usted acabar su obra de salvacion, uniéndose á mí para siempre con lazo de flores? Una palabra, Luisa; y mi madre la bendecirá á usted desde el cielo.

LUISA. Calle usted, por piedad. Yo sólo puedo oir hablar de mi padre de mi corazon; de mi padre que se ha marchado y que dice que no ha de volver nunca.

JULIAN. (¡Oh, cuando ya no ha vuelto, no volverá!) (Con angustia. La luz va disminuyendo.)

LUISA. Pero ¿qué misterio es este, Vírgen santísima! ¿Por qué se ha ido? Esa carta... Esa despedida... No se despide como quien va á emprender un viaje... Se despide como quien va á morir. ¡Á morir! ¡Jesus! (Como si de pronto adivinase la verdad, llevándose las manos á la cabeza.)

JULIAN. ¡Luisa! (Acercándose á ella con susto.)

LUISA. ¡Ya lo comprendo todo! ¡Ya lo sé todo!

JULIAN. ¿Qué dice!

LUISA. Los hombres se desafian... Los hombres riñen con espadas, con pistolas...

JULIAN. ¡Oh!

LUISA. El que esta mañana le buscaba para matarle...

JULIAN. No: no crea usted ..

LUISA. ¡Pues no he de creerlo, si me lo está diciendo á gritos el corazon! ¿Cómo no me lo ha dicho ántes? ¡Vamos corriendo, vamos!

JULIAN. ¿Á dónde hemos de ir?

LUISA. Á donde esten ese hombre y mi padre. (Corriendo hácia la derecha.)

JULIAN. ¡Por compasion! (Siguiéndola, y queriendo asirle una mano.)

LUISA. ¡No me toque usted! (Corriendo en direccion contraria para huir de Julian.) ¡No se acerque usted á mí! Usted lo sabia. . ¡Lo sabia, y le dejó marchar!

JULIAN. ¡Luisa, perdon!

LUISA. ¡No le perdono á usted! Si me quedo sin padre, de usted será la culpa.

JULIAN. ¡No me diga usted eso! (Con la mayor ansiedad.) Hay ciertos deberes en el mundo... (Como disculpándose.) El honor de los hombres...

LUISA. ¿El honor hace que se maten? ¡Pues maldito sea él! ¡Morir mi padre! ¡Si no quiero conformarme con esta idea! ¡Mi padre, Julian! Devuélvamele usted. ¡Favor! ¡Socorro! ¡No hay quien me devuelva á mi padre! (Corriendo por la escena como si el dolor la hiciese desvariar.)

JULIAN. ¡Va á perder la razon! (Enrique aparece muy conmovido en la puerta de la derecha.)

LUISA. ¡Tú, Dios eterno, solo tú le puedes salvar! Si es cierto que ya cree usted en Dios, pídale usted que salve á mi padre.

JULIAN. ¡Vuelvo á tí, Señor, y te llamo! ¡Señor, mi vida por la suya!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE. ¡Hijos mios! (Corriendo hácia ellos para abrazarlos.)

LUISA. ¡Padre! (Arrojándose en sus brazos.)

JULIAN. ¡Enrique! (Abrazándole tambien. Los tres se quedan un instante como embargados por la emocion.) Dí: ¿eres tú?

ENRIQUE. ¡Yo soy!

LUISA. ¡Es mi padre! ¡Le tengo aquí!

JULIAN. ¿Vivo, eh?... ¿Vienes vivo?

ENRIQUE. Sí, hombre: al parecer...

JULIAN. Pero... ¿y el otro?... ¿Qué has hecho, Enrique?... ¡Has hecho alguna atrocidad?

ENRIQUE. Calla, tonto, cállate, y no delires. (Con voz agitada por los sollozos.) Creí forzoso que le dijeran la muerte del niño para que él se la dijese luego á Matilde... Y oid: aquel terrible anciano, aquel hombre que nos parecia una fiera, cayó en los brazos de los testigos como torre que se desploma. Volvió en sí llorando á lágrima viva, con afliccion de criatura, y sin poder articular más palabras que ¡mi hija! ¡mi niño! ¡Y habia dicho que le iba á matar! ¡Y lo habiamos creido nosotros! Impulso irresistible del cielo me arrojó entónces á sus plantas. Estreché la mano con que me habia ofendido; le pedí perdon, y remedio para mi culpa, y sosiego para mi conciencia, y alegría para mi alma. Y él me abrazó tan fuertemente, que mi corazon no podia latir; y con con un beso paternal quitó la mancha de mi rostro

JULIAN. ¡Cálmate!

LUISA. ¡Qué ventura!

ENRIQUE. Juntos nos fuimos á su casa. Allí estaba Matilde... Matilde, no: una sombra, un cadáver que se movía. «Matilde, sé mi esposa... Te has quedado sin hijo, pero te queda una hija, que es muy hermosa, que es muy buena; que te amará, que te respetará...» Y ella la pobre me respondia sólo con gemidos... y yo... y yo... (Sin poder continuar ahogado por las lágrimas.)

JULIAN. ¡Respira! (Con ansiedad.)

LUISA. ¡No hables! (Como Julian.)

ENRIQUE. ¡Dejad que me ahogue el placer! ¡Dejad que muera de alegría! No existe júbilo mayor que el de un alma enferma cuando recobra la salud. ¡Qué ceguedad la nuestra! Á la menor molestia del cuerpo, ya está uno asustado, y al momento se pone en cura, y bebe con afan

la más negra pócima, y deja con resignacion que le pinchen, y le sajen, y le hagan pedazos, y todo sacrificio parece pequeño para conseguir que vuelva á su estado natural este montoncillo de tierra. Y aunque el alma adolezca de gravedad, y aunque empeore, y aunque llegue á estar en peligro de muerte, no se le aplica ni el más suave remedio, no se repara en ello siquiera; y si por fin luego ha de curar, nada ménos se necesita sino que venga á curarla Dios con todo su poder infinito. Y uno es el que lo paga. Porque ¿hay nada que aflija tanto como hacer mal? ¿Hay nada que alegre tanto como hacer bien? Pero ¡qué feliz soy! ¡Si parece mentira que sea de este mundo tan inmensa felicidad!

JULIAN. ¡Viene de allí! (Con alegría, señalando al cielo.)

ENRIQUE. Hemos sanado al mismo tiempo.

JULIAN. ¡Y la adoro! (Con fuego, señalando á Luisa.)

LUISA. ¡Y le amo! (Con dulzura, señalando á Julian.)

JULIAN. ¡Felicidad, la mia, Enrique: la mia solamente!

ENRIQUE. ¡Hijo! ¡Hija! (Abrazándolos.)

LUISA. Vamos á ver á mi madre.

JULIAN. Llévanos á verla.

ENRIQUE. Venid. (Cogiéndolos de las manos, y llevándolos hácia el foro.) ¡Ahí la teneis! (Abriendo de par en par con ámbas manos la puerta grande del centro. Ilumínase vivamente la escena. En el gabinete se ve el ataud del niño cercado de luces y flores; á Matilde con el traje descompuesto y el cabello caído, cubriendo el cadáver, arrojada sobre él; y al Anciano contemplando á su hija y al niño con tristeza y resignacion.)

LUISA. ¡Bendito Dios! (Con ternura, arrodillándose cerca de la puerta de espaldas al público.)

JULIAN. ¡Bendito! (Con fervor, arrodillándose junto á Luisa, de espaldas al público tambien.)

ENRIQUE. ¡Bendito! (Con vehemencia, reclinado en la pared del foro, y apoyado con una mano en el quicio de la puerta.)

ANCIANO. ¡Una y mil veces! (Mirando al cielo con expresion de gratitud.)

FIN DE LA COMEDIA.

Segun el parecer de la prensa periódica y las noticias comunicadas al autor, la representacion de *No hay mal que por bien no venga* en el teatro de la Zarzuela, ha sido excelente. Doña Teodora Lamadrid, que empezó por cautivar al público con el lozano aspecto de hermosa jóven de diez y ocho años, logró despues infundirle ya el gozo, ya la pena, conquistando otra nueva flor para su corona de artista. Del Sr. Tamayo y Baus, aplaudido con vivo entusiasmo en toda la obra, afirma un periódico que estuvo «admirable siempre y en algunos momentos sublime.» El Sr. Mario, á pesar de las dificultades de su papel, cómico á la vez y dramático, y de la preocupacion de un auditorio acostumbrado á recibir de él únicamente impresiones de júbilo, mereció en ambos opuestos géneros señales de aprobacion muy halagüeñas. El Sr. Izquierdo, dando gallardo testimonio (que ojalá sirva de ejemplo en los teatros de provincias) de no ser de aquellos actores que graduan al peso la importarcia de los papeles, contribuyó poderosamente, con las señoritas Franco y Vallarin y los señores Martin y Ponzano, á que el final del acto primero, cuya ejecucion es tan difícil, produjese efecto singularísimo.

El autor, que no ha podido manifestar de viva voz á los actores su gratitud, la hace pública de este modo.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	R. Montoya.
Cáceres.	H. S. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Ponteredra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Rcquena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prins.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	J. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v. 164
no. 1-22